

AMÉRICA-LATINA

No. 7

LONDRES, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1915.

VOL. I.



El Almirante SIR JOHN JELlicoe, Comandante en Jefe de la Gran Flota Británica, a bordo del navio-almirante *Iron Duke*, en el Mar del Norte

PAGINAS LATINO-AMERICANAS

Catolicismo y Apasionamiento.

NO hace aún muchos años que tuvimos la satisfacción de presentar en Baltimore nuestros respetos al Cardenal Gibbons. Al emprender el viaje de New York a la bella ciudad del Maryland, para acudir a bondadosa cita, pensábamos en el positivo y grande mérito del sacerdote que goza en los Estados Unidos de estimación y respeto generales, cuya dirección siguen los millones de católicos de aquel país, cuya voz ha sido consultada y escuchada aún en los Consejos de la Casa Blanca, y cuya autoridad es indiscutible, porque tal vez se basa en el prestigio que impone un Ministro de Dios que, disponiendo de toda clase de bienes terrenales, no olvida en ninguno de sus actos la bella máxima de que "su reino no es de este mundo."

Reedificábase entonces la ciudad, después del terrible incendio que la destruyó en gran parte, y por entre muros derruidos y calcinados y *sky scrapers* en construcción, llegamos a una casa modestísima, cercana a la catedral, y que se nos dijo era la morada del prelado. Llamamos a la puerta y salió a abrirnos un sacerdote alto, delgado, de rostro de sabio y de asceta, de ropas modestísimas, en quien inmediatamente reconocimos al Primado de la Iglesia Norteamericana.

Su afabilidad igualó a lo profundo e interesante de su conversación, y al finalizar una de las entrevistas que más grabadas han quedado

en nuestro ánimo, repetíamos en la memoria una de las frases del sabio Cardenal: "El católico sincero debe tener una inmensa caridad del prójimo, y no debe jamás dejarse llevar del apasionamiento."

¡Cuántas veces hemos recordado después esta frase; cuántas y cuántas ocasiones la hemos tenido presente desde los comienzos de la guerra! Nunca, sin embargo, ha llamado a las puertas de nuestro espíritu con más convicción ni con más fuerza como al leer lo que ha tenido a bien escribir el P. Bruno Ibeas, sobre qué nación conviene a los católicos que venza en la actual lucha, impugnando al propio tiempo el libro que lleva por título *La Guerra Alemana y el Catolicismo*, cuyo autor es nuestro respetabilísimo amigo Monseñor Alfredo Baudrillart, Rector del Instituto Católico de la capital de Francia, Vicario General de la Arquidiócesis de París, y a quien tanto debe la juventud católica francesa.

Publícase aquel trabajo en una revista intitulada *España y América*, y desde luego lamentamos que bajo tan simpático nombre se amparen publicaciones que no

se destinan ni a aumentar el afecto ni a hacer labor de cariño entre la Madre Patria y sus hijas de allende los mares, sino a llevarnos, so capa de cristianismo, rencores políticos y apasionamientos enfermizos, como si para impedir los terribles desquiciamientos que amenazan el inmenso edificio de nuestra fé, debiesen avivar el fuego de la discordia entre católicos, precisamente los llamados a apagarlo.

* * *

El trabajo a que nos referimos es demasiado extenso; pero si separamos de él la parte que constituye una poco mesurada requisitoria contra Monseñor Baudrillart y sus impresores, contra Inglaterra, Rusia, el Cardenal Lavignerie y Francia, desahogos incomprensibles en una mentalidad tan elevada como la de este respetable escritor, en muy poco espacio podemos darnos cuenta de su interesante producción.

Comienza diciendo que hace dos años publicó un artículo en la propia revista, el cual pudiera considerarse una

negación del presente; y después de asentar que a la Francia cristianísima se le deben tres de las más grandes obras católicas: las Cruzadas, las Conferencias de San Vicente de Paul y la Propaganda de la Fé, dice que la Francia de hoy no es católica, y que el estado de las conciencias sigue siendo en la práctica lamentable. Con el debido respeto, creemos que tan grave y absoluta afirmación no puede hacerse basándose tan sólo en algunos pequeños he-



LA ELEVACIÓN.

chos aislados, en lecturas apasionadas y anteriores a la guerra y que no se fundan en observación cuidadosa, desapasionada y reciente. Oponemos contra ella el artículo publicado en el número 3 de esta Revista bajo la firma de S. E. el Cardenal Amette, Arzobispo de París, que muestra el hermoso ejemplo de los 30,000 sacerdotes que se hallan en las filas, y que concluye diciendo: "Gracias a ellos, la religión es practicada y honrada en los campos de batalla, como nunca tal vez lo ha sido antes. En estos momentos, el ejército francés es, no solamente un ejército admirablemente valeroso, sino que ciertamente, y en su conjunto, es asimismo un ejército cristiano."

Si esto es tratándose del ejército, que lo forma toda la virilidad joven, precisa ver a través de la Francia entera (ya hemos tenido nosotros la satisfacción de verla), a la mujer francesa, mujer latina, y por ende naturalmente piadosa, cómo busca en su angustia y en su dolor ayuda y consuelo en el único que puede dársela, y cómo llena los templos todos con una devoción que conmueve aún

a los poco dados a las prácticas religiosas. Nunca ha sido un pueblo sometido a una prueba tan dolorosa y prolongada. Natural, lógico, humano es que vuelva los ojos al consuelo supremo: ¡la religión!

No contento el articulista con la penosa afirmación que hace en cuanto al presente, se lanza a discurrir sobre el futuro y se pregunta: ¿De qué audacias anticlericales se sentiría capáz una Francia victoriosa?

Difícil sería contestar a esa pregunta; pero si acaso es cierto que el sufrimiento purifica las almas, indudablemente que en las naciones hoy en guerra vendrá una era de paz y de concordia tanto más prolongada y llena de sinceridad cuanto grandes han sido las luchas y las penas. ¿A qué se deben en Francia todas esas maniobras que tienden a colocar al católico entre su patriotismo y su fé, sino a grandes temores de influencia católica para el día de la victoria? ¿A qué se deben esas entrevistas más o menos auténticas con Su Santidad, sino al deseo de fomentar enconos presentes y crear rencores futuros? ¿Cuándo se halla el católico sincero más en su papel, ayudando con artículos que son muy comentados aquende el Pirineo "las pérfidas maniobras de los enemigos de la Iglesia," como dice un alto prelado francés, o haciendo ver que la verdad es una, la religión es una, ya vístase con el *kilt* del *highlander* escocés o cúbrase con el casco del dragón de Pomerania?

Después de ocuparse de Francia como lo hace el Sr. Ibeas, natural es que se ocupase de Inglaterra, *el verdugo de la católica Irlanda, el foco del protestantismo, cuya victoria significaría un grave peligro para los católicos.*

Inglaterra ha sido siempre un país menos visitado que Francia. El Canal de la Mancha ha sido la muralla de China para el viajero; el idioma el escollo con que muchos se encuentran para comprender bien a un país y no tan sólo



EL SOLDADO FRANCÉS.



OYENDO MISA EN UNA IGLESIA SIN TECHO.

a través de malas traducciones o apasionados comentarios. De allí viene que Inglaterra sea tan calumniada. El que ésto escribe se honra en ser católico, apostólico, romano, a la inglesa; es decir, con poca exterioridad y con intensa fé y práctica sinceras, y solamente desearía que muchos de sus correligionarios de los países de habla española fuesen tan buenos católicos como lo son los millones, siempre en aumento, que existen en este país. De labios del Cardenal Bourne he oído los inmensos progresos que el catolicismo está haciendo en esta guerra, y S. E. asimismo se ha servido decirnos cuántas afectuosas facilidades presta el Gobierno inglés al culto católico para los muchísimos millares de soldados de nuestra fé actualmente en los ejércitos.

Para demostrar lo que importa al catolicismo la victoria alemana, termina el articulista diciendo: "Alemania representa en Europa el orden y la autoridad; todo lo que es bueno filosófica y socialmente se incluye en este término, que unos creen estigma y los más honra de Alemania: *militarismo.*"

Muy lejos estamos de ser *aliadófilos*, de aquellos que creen que fuera de uno de los contendientes el otro no tiene ni mérito ni virtudes.

Admiramos la viril y tenáz resistencia de Alemania; admiramos la organización del país en guerra tanto como hemos admirado al país en otros tiempos mejores; pero creemos que así como Alemania iba dominando al mundo por la paz, porque sus hijos salían a la lucha por la vida admirablemente pertrechados con virtudes innatas y con inteligente educación práctica, así también tenemos la convicción de que la casta superior, la casta militar, es la que ha preparado y precipitado la catástrofe que ensangrienta al mundo. Los hombres de paz, de labor; los hombres de innegables virtudes sociales, que eran los más, fueron, son y serán las víctimas de los hombres de ambición desmedida, de ningunos escrúpulos, de los pontífices del militarismo prusiano, que eran los menos.



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, M. POINCARÉ, Y EL MINISTRO DE LA GUERRA, M. MILLERAND, VISITANDO A LOS CAPELLANES CASTRENSES CATÓLICOS EN BELFORT.

Existen en Alemania 26 millones de católicos; es decir, 370 por 1,000. Es enteramente cuerdo suponer que, cuando menos, un millón de católicos forman en las filas de los ejércitos que combaten. Es indudable que en número considerabilísimo han tomado parte en las represalias colectivas de Andenne, Dinant, Taminés, en la destrucción de Louvain, en las muertes de los trece sacerdotes de la diócesis de Malines, de aquellos que en número mayor de treinta fueron fusilados, según afirma S. E. el Cardenal Mercier, en Namur, en Tournai, en Lieja; indudable es también que gran número de soldados católicos han tomado parte en la destrucción sistemática de las iglesias francesas de Reims, Albert, Soissons, Montceau, Barcy y otras cien más; y cabe preguntar al respetable Sr. Bruno Ibeas:



UN SACERDOTE-SOLDADO.

Todos estos actos que pugnan con nuestra fé, ¿los debemos atribuir a esos soldados católicos, o a la férrea mano de ese militarismo que no respeta ni creencias, ni vidas, ni haciendas? Si hoy no le importan las creencias de 26 millones de los suyos, mañana victorioso, brutalmente triunfante, ¿le importarían las de 260 millones de antiguos enemigos o de extraños?

* * *

Las numerosísimas publicaciones que se nos envían, los millares de cartas que recibimos de los 19 países de habla española en América, nos autorizan para asegurar que entre nosotros no ha traspasado el interés por la guerra los límites de la mesura, y la prensa católica nunca ha dejado de respetarse a sí misma, tanto cuanto la prensa de otros matices respeta a sus lectores.

Allá se estima que el deber y el dogma católicos son los mismos de uno u otro lado de los Pirineos, de los Vosgos, de los Alpes.



UN ENTIERRO MILITAR EN LA LÍNEA DE COMBATE.

Allá se cree que también las oraciones de los belgas y de los franceses que tienen invadido su territorio, llegan hasta el trono del Señor.

Allá se tiene la profunda convicción de que los que destruyen sistemáticamente templos, fusilan sacerdotes, hacen hecatombes por tierra y por mar de ancianos y mujeres y niños, son grandemente responsables ante las leyes divinas tanto cuanto lo son ante las leyes humanas. Hoy se llaman alemanes; pero si mañana o pasado lo hiciesen los franceses, italianos, ingleses o belgas, en el criterio que entre nosotros impera, el reproche que en nuestras conciencias y en nuestros intelectos hacemos a aquéllos, libre y desapasionadamente lo haríamos a éstos.

Lo que no deseamos, lo que no podemos desear, es que se lleven hasta nosotros, bajo pretexto de catolicismo, apasionamientos sectarios y odios políticos, y por ésto es por lo que esta modestísima publicación, que se honra al saber que muchos millares de ella penetran en los hogares católicos de la América Latina, suplica al Sr. Ibeas tenga a bien recordar la hermosa frase del Cardenal Gibbons: "El católico sincero debe tener una inmensa caridad del prójimo, y no debe jamás dejarse llevar por el apasionamiento."

Benjamin Barrion

Ayuntamiento de Madrid

PÁGINAS INGLESAS

Sir Edward Grey y el Canciller del Imperio Alemán.

COMO casi toda la prensa que se edita en este país, hemos recibido la carta-circular que a continuación publicamos, suscrita por Sir Edward Grey, Ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra:

"MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.

Agosto 25 de 1915.

Al Editor de AMÉRICA LATINA.

Señor :

Hay algunos puntos en el discurso del Canciller alemán, publicado la última semana, los cuales, en mi opinión, pueden ser convenientemente tratados en una carta a la prensa, a reserva de estudiar más ampliamente la situación en forma apropiada a otro método y otro momento. Ascenderé los hechos y las reflexiones que los mismos sugieren tan breve y claramente como me sea posible, y ruego a Vd. que tenga a bien darles publicidad.

1.º Alemania publicó el otoño último el *record* belga de la conversación con el agregado militar inglés, a fin de probar que Bélgica había traficado con nosotros acerca de su neutralidad, y de que existía, en efecto, un complot asimismo con nosotros, y en contra de Alemania.

Esta conversación de que tanto se ha alardeado, nunca se notificó al Ministerio de Negocios Extranjeros, ni dejó tampoco huella en el Ministerio de la Guerra en aquel tiempo. Nosotros nos enteramos de ella por primera vez, cuando Alemania publicó el referido *record* belga. En él se ve claramente que se refiere tan sólo al caso en que Bélgica fuese atacada, y que la entrada de los ingleses en este país tendría únicamente verificativo después de una violación del territorio belga por Alemania; así como que semejante *record* no obligaba al *Gobierno Británico*. No ha existido sobre esto acuerdo o convención entre los *Gobiernos* de la Gran Bretaña y de Bélgica. ¿Por qué, pues, el Canciller alemán menciona estas simples conversaciones de 1906, y pasa por completo en silencio que en Abril de 1913 dije de la manera más enfática al Ministro belga, que lo que nosotros deseábamos en el caso de Bélgica, así como en los relativos a otros países neutrales, era que su neutralidad fuese respetada, y que en tanto que alguna otra Potencia no la violase, nosotros no enviaríamos ciertamente tropas a su territorio?

Recuérdese que el primer uso que hizo Alemania del documento belga, fué de acusar a Bélgica de mala fé hacia Alemania. ¿Cuál es lo cierto en toda esta historia? El 29 de Julio de 1914, el Canciller alemán trató de cohecharnos para que tomásemos parte en la violación de la neutralidad de Bélgica por Alemania, prometiéndonos la independencia futura de aquel país. Al principiar la guerra, calificó el Tratado con Bélgica de "pedazo de papel," y el Ministro de Estado alemán dió la explicación de que si Alemania debía ir a atacar a Francia a través de Bélgica, era porque no disponía de tiempo para atacar de otra manera. La declaración de Herr von Jagow vale la pena de ser nuevamente referida:

"El Gobierno Imperial tenía que avanzar hacia Francia por la vía más rápida y fácil, a fin de adelantarse bien en sus operaciones y procurar dar un golpe decisivo lo más pronto posible. Esto era un asunto de vida o muerte para ellos, porque si hubiesen ido por el camino más al Sur, no podían esperar pasar sin encontrar formidable oposición y la gran pérdida de tiempo consiguiente, dado lo precario de los caminos y lo potente de las fortalezas. Esta pérdida de tiempo para ellos, significaría tiempo ganado para los rusos, quienes traerían sus tropas a la frontera alemana. La rapidez en la acción era la fuerza de Alemania, ya que para Rusia ésta radicaba en el inextinguible monto de sus tropas."

Asimismo en el Reichstag, el Canciller alemán expuso el 4 de Agosto de 1914, refiriéndose a la violación de la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo, lo siguiente:

"El acto ilegal que cometemos — y hablo francamente — el acto ilegal que con ello cometemos, trataremos de remediarlo tan pronto como hayamos alcanzado nuestros fines militares."

La violación de la neutralidad belga era, por consiguiente, deliberada, a pesar de que Alemania había de hecho garantizado esa neutralidad, y ciertamente que no hay medio más despreciable que pretender justificarse *ex poste facto*, arrojando sobre el pueblo y Gobierno belgas, inocentes e inofensivos, el cargo totalmente falso de haber entrado en complots contra Alemania. El Canciller alemán, en su último discurso, no insiste ya sobre ese cargo, que ha sido tan esparcido, en contra de Bélgica. ¿Ha sido acaso retirado? Si así fuese, ¿reparará Alemania el cruel daño que ha hecho a Bélgica?

2.º Las negociaciones para un Tratado anglo-alemán en 1912, a las cuales se refiere el Canciller alemán, llegaron hasta un punto en el cual se hizo bien claro que éstas no tendrían éxito, a menos que nosotros prometiésemos una absoluta neutralidad, en tanto que Alemania quedaba libre, de acuerdo con sus alianzas, para tomar parte en una guerra europea. Esto puede demostrarse, y se demostrará, publicando un resumen de las negociaciones, tomado de los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros (1).

3.º El Canciller menciona *aisladamente* una frase de mi discurso del 3 de Agosto de 1914, para probar que estábamos dispuestos para una guerra (2). En la frase siguiente, que asimismo podía haber mencionado, pero que no mencionó, dije: "Te-

mo que vamos a sufrir terriblemente en esta guerra, bien sea que tomemos parte o nos apartemos de ella." Dejo al criterio de todos (fuera de Alemania) en cualquier país neutral, que decida por sí mismo, si éstas son las palabras de un hombre que deseaba o combinaba la guerra europea, o las de quien trabajaba para evitarla. El mal uso que hace el Canciller alemán de aquella frase aislada, quedará demostrado para quien leyese todo el texto del discurso.

En cuanto a la otra declaración que se me atribuye, jamás he dicho nada tan ridículo o falso como que estaba en el interés de Alemania que hubiésemos ido nosotros a la guerra con objeto de restringir a Rusia. Nada de esto dije, ni cuando estábamos perfectamente libres, ni cuando el Japón, que era nuestro aliado, no había entrado

(1) Véase el artículo del presente número: "Las Negociaciones Anglo-Alemanas de 1912" en la página 7.

(2) La frase citada fué: "Nosotros, con nuestra grandiosa flota, si participamos en la guerra sufriremos un poco más que si permanecemos neutrales."



SIR EDWARD GREY,
MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.

aún en guerra, ni cuando aún no nos habíamos convenido con los demás aliados, como hoy lo estamos, en virtud del convenio de 5 de Septiembre de 1914.

4.º La guerra habría podido evitarse si se hubiese convenido en ir a una conferencia. Alemania, con el más sutil de los pretextos, cerró la puerta para ello. Yo no hubiera impedido nada por cuestión de forma, y me manifesté dispuesto para aceptar cualquier método de mediación que Alemania sugiriese, si el mío no fuese aceptable. La mediación, dije, podía hacerse efectiva por cualquier medio que Alemania juzgase posible, si tan sólo quisiese *oprimir el botón* en interés de la paz.

El Canciller alemán, de acuerdo con su discurso, no apoyó otra cosa sino una discusión directa entre Viena y Petrogrado. ¿Qué probabilidades de éxito podía tener ésto, cuando (según supimos después) el Embajador alemán en Viena expresaba la opinión de que Rusia pelearía sola, y producía a sus colegas la impresión de que lo que deseaba principalmente era la guerra, y en sus actos en Viena se reflejaba su fuerte obsesión personal?

Algún día, tal vez, el mundo sabrá lo que en realidad acació entre Alemania y Austria respecto al *ultimatum* a Servia y sus consecuencias.

Demasiado esclarecido ha quedado el punto de que en la proposición de conferencia que hicimos, y que Rusia, Francia e Italia aceptaron y a la cual Alemania puso el *veto*, radicaba la esperanza de paz. ¡Y era ésta una esperanza tan posible! Servia había aceptado casi todo el *ultimatum* austriaco, cruel y violento como

era. Los puntos pendientes podían haber sido arreglados honorable y equitativamente en una semana de conferencias. Alemania sabía, debía haber sabido, que nosotros habríamos adoptado el mismo participio correcto y honorable que ella misma reconoció habíamos tomado en la Conferencia de los Balkanes, en la cual trabajamos, no por la victoria diplomática de un grupo, sino por un arreglo equitativo, y siempre estuvimos dispuestos a oponernos a cualquier intento de aprovechar indebidamente la conferencia en desventaja de Alemania o Austria.

Al rehusarse Alemania a la conferencia, aun cuando no decidió la participación de la Gran Bretaña en la guerra, sí decidió de hecho entre la paz y la guerra de Europa, y firmó la sentencia de muerte de los muchos cientos de miles que han sido sacrificados en esta lucha.

No debe olvidarse que el Emperador de Rusia propuso al Emperador de Alemania, que la disputa austro-servia se sometiese al Tribunal de La Haya.

¿Existe aún alguna alma cándida en Alemania o en Austria-Hungría que, mirando retrospectivamente hacia

el año pasado, no lamente que ni la proposición inglesa ni la proposición rusa hubiesen sido aceptadas?

5.º ¿Y cuál es el programa alemán según lo colegimos del discurso del Canciller y de las actuales manifestaciones en Alemania? Alemania debe controlar el destino de todas las demás naciones; debe ser, según las propias palabras del Canciller, "el escudo de paz y de libertad, tanto de las naciones grandes cuanto de las pequeñas;" una paz de hierro y una libertad bajo el escudo prusiano y bajo la supremacía alemana. Alemania suprema, Alemania la únicamente libre; libre para romper tratados internacionales; libre para aplastar cuando le acomode; libre para rehusar toda mediación; libre para ir a la guerra cuando le convenga; libre, cuando ha ido a esa guerra, para romper de nuevo las reglas todas de la civilización y de la humanidad por mar y por tierra; y aun cuando así obre, debe, sin embargo, su comercio marítimo continuar siendo tan libre como lo es el comercio todo en épocas de paz. La libertad de los

mares debe razonablemente ser, al final de esta guerra, un motivo de discusión, definición y convenio entre las naciones; pero no por sí mismo tan sólo; no mientras no haya libertad ni seguridad contra la guerra y métodos alemanes de hacer la guerra terrestre. Si deben existir garantías contra la guerra en lo futuro, que sean éstas iguales, comprensibles, y tan efectivas que obliguen a Alemania tanto como a las otras naciones incluyéndonos a nosotros mismos.

Alemania debe ser suprema; la libertad de las

demás naciones debe ser lo que Alemania se digne acordarles. Esta es aparentemente la conclusión que se infiere del discurso del Canciller alemán. A todo esto el Ministro de Finanzas de Alemania agrega que la pesada carga de miles de millones debe ser llevada por décadas; no por Alemania, pero por aquellos a quienes tiene a bien llamar instigadores de la guerra. En otras palabras: en las décadas venideras, Alemania pretende que todas las naciones que la han resistido, deben trabajar para pagarle tributo en forma de indemnizaciones de guerra.

No puede concluirse paz en esos términos, si es que la vida de las demás naciones, aparte de Alemania, debe ser libre o siquiera tolerable. Los discursos del Canciller y del Ministro de Hacienda alemanes hacen ver que Alemania combate por supremacía y tributo. Si así es, y mientras así sea, nuestros aliados y nosotros combatimos y debemos combatir por el derecho de vivir, no bajo la supremacía teutona, sino con libertad y seguridad efectivas.

Su obediente servidor,

EDWARD GREY."



SOLDADOS AUSTRALIANOS Y LA MASCOTA DEL REGIMIENTO.

Las Negociaciones Anglo-Alemanas de 1912.

En carta que reproducimos en la quinta página de este número, dirigida a la prensa con objeto de refutar ciertas declaraciones hechas por el Canciller alemán, Sir Edward Grey promete publicar, en relación especial tomada de los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros, las gestiones hechas durante el año de 1912 en pro de un convenio anglo-alemán. Cumpliendo con tal promesa, el referido Ministerio envió la nota siguiente, en la cual se rebaten a la vez los argumentos contenidos en el discurso del Canciller alemán y los de la relación que sobre las citadas gestiones de 1912 hace la *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* en su número del 19 de Julio.

EL periódico oficioso *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* viene haciendo en uno de sus números del mes de Julio una relación de las gestiones anglo-alemanas de 1912, que en verdad encierra mucha malicia, mostrando claramente su deseo de despistar; según el citado órgano, el Gobierno inglés, al no firmar el convenio, rechazó una prueba de amistad por parte de Alemania a todas luces razonable.

Más corto resultará, en vista de tales inexactitudes, dar a conocer los hechos tal como se hallan registrados en nuestros archivos, que así será fácil comparar. He aquí la fórmula que en bosquejo presentara el Canciller alemán a Lord Haldane a principios de 1912 como la más en armonía con las miras particularísimas del Gobierno alemán:

1.° Las supremas partes contratantes prometen mutuamente conservar entre ellas el deseo de paz y de concordia.

2.° Ninguna de ellas atacará o intentará atacar (sin provocación) a la otra, ni se unirá a combinación o designio alguno formado para agredirla, ni formará parte ya sea por sí sola, ya de consuno con otras potencias, de planes o maniobras, navales o militares, que pudieren perseguir un fin semejante, y declara no haber contraído hasta hoy compromiso alguno de tal naturaleza.

3.° En caso que cualquiera de las potencias contratantes se vea obligada a entrar en guerra con una o más potencias, y siempre que no pueda decirse que sea ella la agresora, la otra parte observará al menos una neutralidad benévola para con la potencia así arrastrada, y se valdrá de todos los medios a su alcance para localizar el conflicto. Si cualquiera de las supremas partes contratantes se viere obligada, en vista de una provocación abierta, a hacer la guerra, ambas partes someterán a discusión, antes de tomar alguna decisión, la actitud que deban asumir en tal conflicto.

4.° La obligación de neutralidad que resulta de lo prevenido por el artículo anterior, queda sin efecto en cuanto

se hallare en desacuerdo con los convenios ya consumados por las potencias contratantes.

5.° La aceptación de convenios que impidieren a cualquiera de las potencias el conservar su neutralidad hacia la otra, fuera de lo prevenido en los límites citados, queda de hoy en adelante excluida, de acuerdo con lo prevenido en el artículo 2.°

6.° Las supremas partes contratantes declaran que harán cuanto estuviere en su poder a fin de evitar las diferencias o malas inteligencias que pudieran surgir entre cualquiera de ellas y otras potencias."

Bien que a primera vista semejante pacto parezca ventajoso para ambas potencias, considerado, sin embargo, en toda su trascendencia política resulta más que unilateral, leonino. Si se toma en cuenta, además de la posición general que guardaban las potencias europeas, los tratados que las unían, resulta que, por virtud de esos mismos artículos cuarto y quinto, a Alemania, en caso de un conflicto

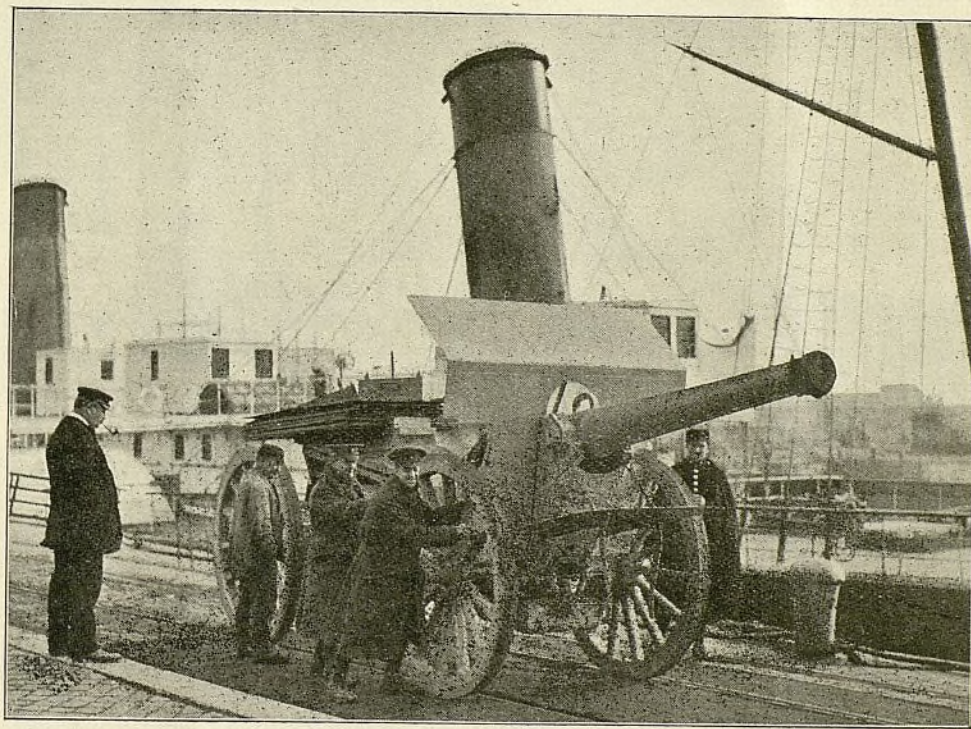
europeo, le quedaba la libertad de apoyar a sus aliados, en tanto que Inglaterra no habría podido moverse. El prurito de Alemania por mantenernos queda así palpablemente demostrado.

Alemania podía muy bien arreglárselas de suerte que las hostilidades surgiesen de Austria sola. Declarada la guerra entre Austria y Rusia, Alemania, como lo han probado los acontecimientos de fines de Julio de 1914, ayudaría a Austria; y al verse Rusia agredida por dos potencias, Francia por

fuerza tenía que salir a su defensa. Es decir, la promesa de Alemania resultaba absolutamente nula, puesto que podía muy bien aducir la necesidad de cumplir obligaciones contraídas de antemano, cual era la de la Triple Alianza, para sustraerse al compromiso de neutralidad contraído con nosotros. En cambio a Inglaterra, que entonces no tenía más alianzas que las contraídas con el Japón y con Portugal, por sería que fuese la provocación, le habría sido imposible sustraerse, dado que el artículo quinto prohibía claramente que las potencias contratantes contrajesen nuevas alianzas. En resumen, y como se vió con pruebas más tarde, el pacto en cuestión se reducía a exigir neutralidad absoluta de un lado, pero no del otro.

Como Sir Edward Grey viera que el contrato resultaba a todas luces desventajoso para Inglaterra, rechazó de plano la fórmula propuesta.

Lejos de sentirse humillado por el revés, el Conde Metternich, entonces Ministro de Alemania en Inglaterra, reanudó con insistencia sus esfuerzos, y pidió que le expusiésemos nuestras condiciones, las que prometió se considerarían sin prejuicio, y que en nada nos comprometerían hasta que viésemos satisfechas nuestras miras navales. En tal inteligencia, Sir Edward Grey envió al Conde Metternich



DESEMBARCANDO CAÑONES INGLESES EN UN PUERTO DEL NORTE DE FRANCIA.

el 14 de Marzo de 1912, la siguiente fórmula, una vez aprobada por el Gabinete:

"Inglaterra se abstendrá de atacar sin motivo a Alemania, y no asumirá hacia ella política agresiva alguna.

La agresión contra Alemania no es objeto ni forma parte de ninguno de los tratados, arreglos o combinaciones en que Inglaterra se halla actualmente ligada, ni formará parte de alianzas que persigan semejantes fines."

Pero el Conde Metternich, encontrando que esta fórmula era inadecuada, propuso agregar cualquiera de estas dos cláusulas:

"Por tanto, Inglaterra observará al menos una neutralidad benévola, en caso que la guerra le fuese declarada a Alemania;" o bien,

"Por tanto, Inglaterra permanecerá de hecho neutral si la guerra le fuere declarada a Alemania."

Esto, según agregó el Conde Metternich, en nada nos comprometería hasta que nuestras miras quedasen satisfechas con respecto al programa naval.

Para Sir Edward Grey, sin embargo, lo propuesto por Inglaterra era más que suficiente, y pasó a explicar, que si era el deseo de Alemania aplastar a Francia, ella, Inglaterra, no podría permanecer neutral; pero si Francia fuese la agresora, tales actos no encontrarían ni el apoyo del Gobierno de Su Majestad Británica, ni la aprobación de Inglaterra. Salta a la vista que el único objeto de Alemania era obtener a todo trance la neutralidad de Inglaterra, puesto

que, en caso de que estallase una guerra, Alemania tendría el pretexto de que se había visto obligada a entrar, y reclamaría la neutralidad a Inglaterra, de lo que es ejemplo palpable la guerra actual, en la que, a pesar de los hechos, Alemania no cesa de repetir que la guerra le ha sido impuesta; no obstante lo cual el tercer participante de la Triple Alianza, que contaba con medios de información de que nosotros no disponemos, no compartió esta opinión, sino más bien calificó la guerra de agresiva por parte de Alemania.

Sir Edward Grey propuso entonces la siguiente fórmula:

"Siendo el deseo mutuo de ambas potencias el asegurar una paz y una amistad duraderas entre ellas, Inglaterra declara que ni atacará ni se unirá a ningún ataque (no provocado) contra Alemania. La agresión contra Alemania no es objeto, ni forma parte de ninguno de los tratados, arreglos o combinaciones en que Inglaterra se halla actualmente ligada, ni formará parte de alianzas que persigan semejantes fines."

Sir Edward Grey, al hacer entrega de esta fórmula al Conde Metternich, dijo que el empleo de la palabra "neutralidad" podría dar una impresión de significación mayor

que la que en realidad tiene el vocablo. Sugirió que lo que se quería significar podría expresarse más acertadamente, en substancia, con las palabras "que ni atacará ni se unirá en ningún ataque no provocado por Alemania."

El Conde Metternich, en consecuencia, recibió instrucciones de expresar en forma clara que el Canciller podría indicar al Emperador el que desistiese de los puntos principales del "Novelle" (el proyecto de ley entonces pendiente para el aumento de la armada alemana) en el caso de que pudiésemos concluir un arreglo garantizando la neutralidad en tal forma que alcanzase a un futuro lejano, y que no dejase duda en cuanto a interpretaciones. Reconoció que el deseo del Canciller consistía en que diésemos una garantía de absoluta neutralidad, en cuyo defecto el proyecto de ley "Novelle" proseguiría su curso.

El Conde Metternich declaró que el proyecto de ley "Novelle" no sería retirado, pero dijo que no estaba exento de poder sufrir algunas modificaciones, y agregó, que causaría profunda contrariedad al Canciller el que no aceptásemos la fórmula por él propuesta.

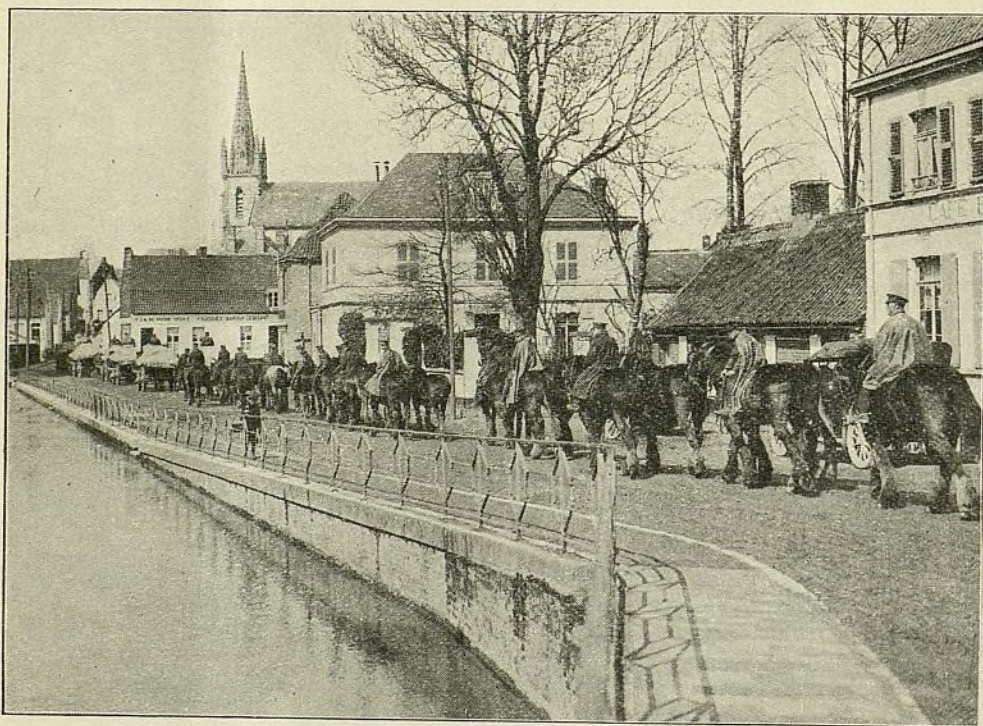
Sir Edward Grey respondió que comprendería tal contrariedad si el Gobierno de Su Majestad declarase que el hecho de ponerse en vigor el proyecto de ley "Novelle" pondría fin a las negociaciones y formaría un obstáculo insuperable para mejorar las relaciones entrambos países. El Gobierno de Su Majestad no dijo esto, y esperaba que la fórmula presentada pudiera ser considerada en relación con la discusión de arreglos territoriales, aun cuando no pro-

base ser efectiva para evitar el aumento de gastos navales.

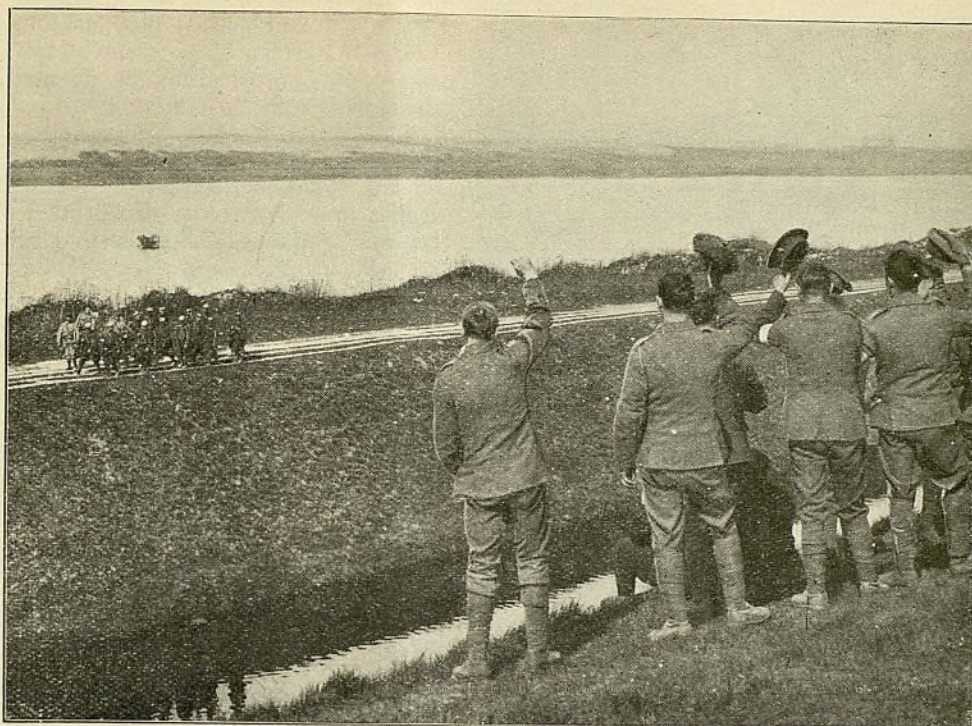
Agregó Sir Edward Grey que si pudieran verificarse algunos convenios entrambos Gobiernos, darían resultados favorables, aun cuando indirectos, sobre los presupuestos navales conforme transcurriese el tiempo, y que tendrían además un efecto favorable y directo sobre la opinión pública de ambos países.

Pocos días después el Conde Metternich comunicó a Sir Edward Grey el extracto de una carta del Canciller, en la que declaraba que, toda vez que la fórmula propuesta por el Gobierno de Su Majestad era, desde el punto de vista alemán, insuficiente, y toda vez que el Gobierno de Su Majestad no podía convenir en aceptar la fórmula que le había sido propuesta, el proyecto de ley "Novelle" se proseguiría en la forma en que había sido presentado ante el Consejo Federal. Con esto terminaron las negociaciones, y con ellas la esperanza de reducir los presupuestos de armamentos de ambas naciones.

SEGÚN anunció ayer en la Cámara de los Comunes Mr. Tennant, el total de las pérdidas inglesas hasta el 1.º de Agosto es de 381,983, incluyendo 75,957 muertos.



CABALLOS DE REPUESTO PARA EL EJÉRCITO INGLÉS, PASANDO POR UNA POBLACIÓN DEL NORTE DE FRANCIA.



SOLDADOS INGLESES SALUDANDO A SUS COMPAÑEROS FRANCESES QUE VUELVEN DE LAS TRINCHERAS.

La administración de Bienes pertenecientes a Súbditos de Naciones enemigas de Inglaterra.

POR medio de un proyecto de ley que fué sancionado por las Cámaras inglesas en 1906, y que se puso en vigor el 1.º de Enero de 1908, fué fundado un nuevo departamento del Gobierno: el *Public Trustee* o Fideicomisario Público, encargado de la administración y manejo de los bienes de personas fallecidas o incapacitadas. Este departamento, a los pocos años de su fundación alcanzó grandes proporciones, afectó a un grande y variado número de intereses, y distinguióse entre las oficinas del Estado, como una de primera importancia.

Al establecer Inglaterra un Fideicomisario Público, no hizo otra cosa sino seguir el ejemplo de otras naciones europeas, y, en particular, de sus propias colonias, puesto que en muchas de las primeras funcionan desde hace tiempo oficinas semejantes, y en las segundas el sistema ha estado en boga por muchos años y ha prestado grandes servicios al público. La institución de tal departamento hacíase particularmente necesaria en Inglaterra, debido a que las riquezas de particulares encontrábanse distribuidas y administradas por medio de depositarios, y la historia de sus Leyes de Depósitos forma uno de los más importantes aspectos de su sistema de legislación.

En torno de la administración de tutorías ha surgido, como es natural, una gran oposición por parte de profesionales de diversas clases, representados por personas interesadas directamente en el asunto, y que lo consideraban desde un punto de vista conservador. La oficina del Fi-

deicomisario Público tropezó en un principio, como era de esperarse, con obstáculos considerables y con una bien organizada hostilidad, que fué vencida gradualmente a medida que los interesados se fueron convenciendo de que el Fideicomisario Público no venía a reemplazar al abogado, sino a ofrecer al público algo que nunca se le había dado antes, esto es, los servicios de un síndico concienzudo, competente, de honradez garantizada por el Estado y que no abandonaría sus oficinas o renunciaría a sus deberes por razones tales como muerte, quiebra, incompatibilidad o incapacidad para ejercer.

El Fideicomisario de Inglaterra está capacitado para ejercer en los siguientes cargos:

- (1) Albacea testamentario.
- (2) Depositario por testamento.
- (3) Administrador por testamento o intestado.
- (4) Depositario por convenio.
- (5) Depositario por declaración de tutoría.
- (6) Revisor y oidor de cuentas de tutoría.

Los registros que el Fideicomisario Público conserva en sus oficinas han justificado plenamente su nombramiento y su labor.

El departamento principió sus trabajos modestamente, en una pequeña oficina, con unos cuantos empleados y con una corta suma de capital confiada a su cuidado. Hoy, a los siete años de su fundación, su cuerpo de empleados se compone de más de 500 individuos, y su negocio actual y en perspectiva alcanza una suma que se eleva a más de £110.000.000.

Este departamento del Gobierno inglés es el encargado actualmente de la administración de todos los bienes de aquellos súbditos de naciones enemigas de Inglaterra internados en los campos de concentración o que se encuentran fuera del país.

No es cierto, pues, como se ha asegurado, que los bienes de los enemigos de la Gran Bretaña hayan sido confiscados



Lord Kitchener saludando la Bandera Francesa.

Ayuntamiento de Madrid



LORD KITCHENER Y EL GENERAL BARATIER SE ENCUENTRAN DESPUÉS DE DIEZ Y SIETE AÑOS.

por el Gobierno, sino que, por el contrario, se encuentran administrados por una oficina como la del *Public Trustee*, perfectamente organizada, y que, prestando toda clase de garantías al público, se ha hecho digna de la confianza de éste y ha demostrado, con su desarrollo considerable en los pocos años transcurridos desde su fundación, que es digna de tal confianza.

La Visita del Ministro de la Guerra Inglés a Francia.

LORD KITCHENER OF KARTOUM ha hecho recientemente una visita al ejército francés. Por todas partes ha sido afectuosamente recibido, pues su popularidad es grandísima entre los *poilus*, ya sean *marsonins*, *diablos bleus* o *goumiers*; no en balde ostenta en el pecho la gloriosa medalla de 1870-71, primera decoración ganada cuando, aún muy joven, ofreció su espada a Francia en la otra guerra.

Entre las ceremonias y desfiles militares arreglados en esta ocasión, figuraba la revista y desfile de una división de caballería. Llegó el vencedor de Omdurman al sitio en que habían de efectuarse aquéllos, y al descender del automóvil se adelantó hacia el General de división, que saludaba militarmente al ilustre huésped. Lord Kitchener, el Sirdar Kitchener de Khartoum, reconoció entonces al General Baratier, antiguo Teniente de la misión Marchand.

Sorprendido y contento por el encuentro, estrechó la mano del General Baratier, y recordando en algunas palabras la circunstancia de que

ambos habían hecho su carrera en Africa, le preguntó noticias del Coronel Marchand, entonces Capitán y hoy General al mando de una división en servicio activo.

Las circunstancias del actual encuentro del General Baratier y el hoy Ministro británico, ciertamente que son muy distintas de las que presidieron hace diez y siete años la histórica entrevista de Fachoda.

Entonces, estuvo en peligro la paz entre los dos países. Hoy, aliados y amigos sinceros, combaten al enemigo común.

La visita hecha por el General Joffre al frente italiano ha sido recibida por la opinión pública en Italia con muestras de viva simpatía. La prensa italiana, comentándola, dice que el Gobierno francés responde en tal forma a la visita que el General Porro hiciera a Francia, pero que la autoridad y el puesto elevadísimo del General Joffre dan a tal acontecimiento cierto carácter que sobrepasa al de un simple acto de cortesía.

Como hace observar el *Giornale d'Italia*, la consideración y grado de que goza el General Porro son los mismos que los del General Cadorna, pero que su grado es inferior al del General Joffre. Si se hubiese tratado de un simple cambio de costesías, la visita podía haber sido efectuada por alguno de los ilustres generales que rodean al jefe supremo del ejército francés. Por el contrario, y no obstante que la presencia del General Joffre en Francia es siempre necesaria, ha querido, por medio de su visita personal, no solamente afirmar la fraternidad entre las armas latinas, sino muy probablemente determinar, de acuerdo con el jefe del ejército italiano, la manera de conducir la guerra de común acuerdo.

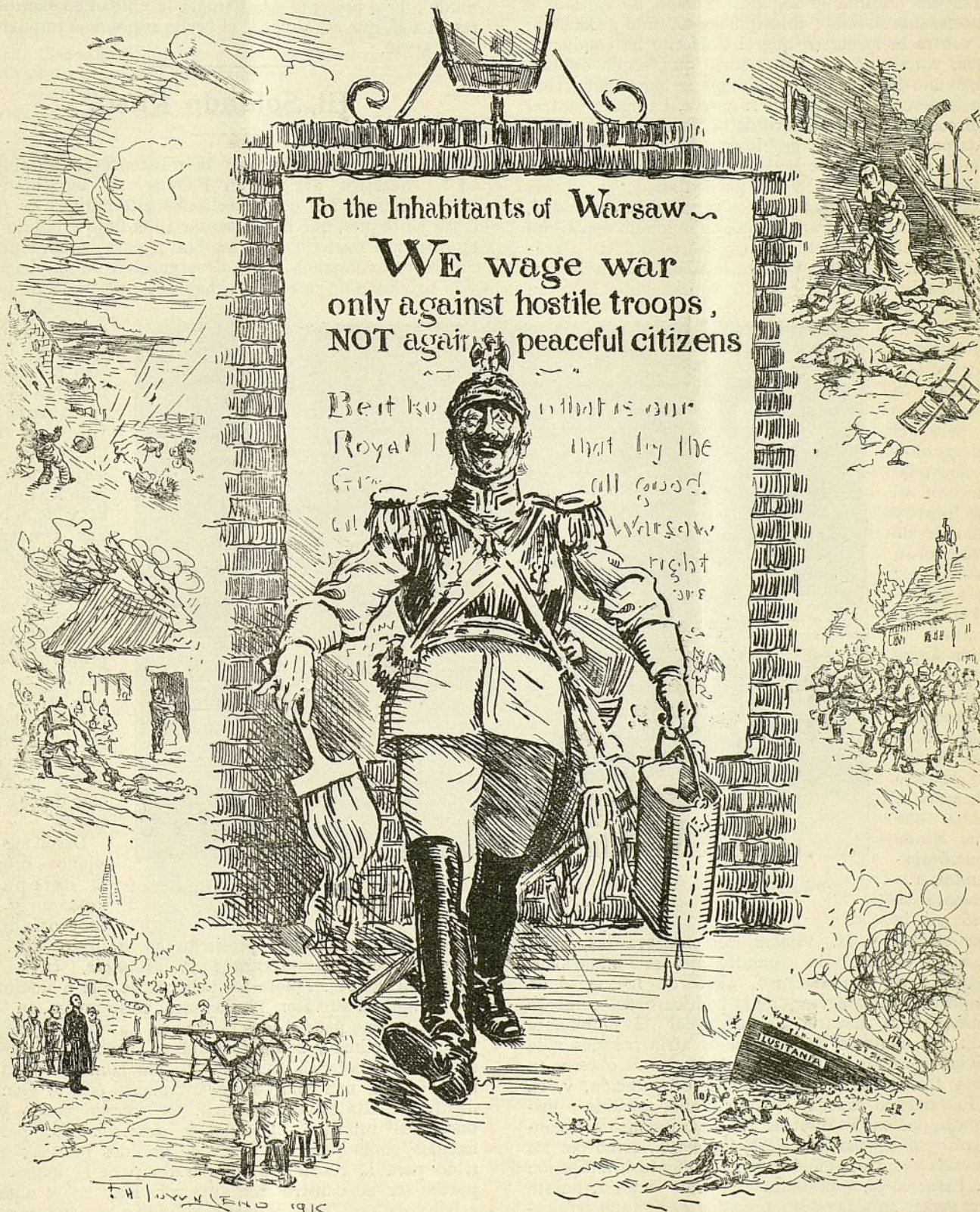


LORD KITCHENER CONVERSANDO EN ARABE CON UN OFICIAL DE ESPAÑIS ARGELINOS.

Ayuntamiento de Madrid

Página de "PUNCH."

"A los Habitantes de Varsovia.

Nosotros hacemos la guerra sólo contra tropas hostiles, **no** contra ciudadanos pacíficos, etc., etc."

PALABRAS Y HECHOS.

[Reproducido por permiso especial de los Proprietarios de "PUNCH."]

Ayuntamiento de Madrid

PÁGINAS FRANCESAS

El Espíritu de Francia.

IMPORTANTE fué el debate celebrado en la Cámara francesa durante la segunda semana de Agosto, e interesante su final; principió por un rudo y sostenido ataque contra la forma en que el Gobierno ha conducido la guerra, y terminó con un discurso que, según opinión general, es uno de los más inspirados que se han pronunciado en Francia desde el principio de la guerra. La figura central de la discusión fué el Ministro de la Guerra: su política, desafiada por la crítica inexorable de socialistas y radicales, la defendió personalmente M. Millerand, tomando a la vez la defensa del Ejecutivo y en particular de su propio Ministerio. En lucha abierta con los cargos de incapacidad, de desatención hacia el Parlamento, de indebido servilismo a la opinión militar, y luchando con las constantes y acaloradas interrupciones de la Cámara, el Ministro de la Guerra, en un notable discurso, vindicó concienzudamente su administración.

Fueron los puntos principales de su apología el servicio médico, la falta de municiones para el cañón de 75 milímetros, sus relaciones con el General Joffre y las facilidades de investigación acordadas a los Comités parlamentarios, dando por resultado su peroración el que los críticos, en un estado de tempestuoso descontento, pidiesen que la Cámara se erigiese en sesión secreta, pedimento que el Primer Ministro se sintió incapaz de rehusar.

El debate se reasumió en la siguiente sesión, y M. Viviani, con palabra inspirada, apartó a la Cámara del tumulto de recriminaciones de partidos; con su discurso, alejó de la mente de la Asamblea las estratagemas de la política o del combate de partidos para llevarla a contemplar la dominante realidad: los ejércitos de ciudadanos atrincherados a lo largo de las fronteras de Francia; el ejército de obreros en fábricas y fundiciones trabajando en cooperación, y, en fin, el Parlamento mismo, representando, guiando e inspirando a la nación. El discurso fué unánimemente aplaudido, tanto por los partidos de la izquierda, como por los de la derecha y centro, y alejó todo pensamiento de una sesión secreta. Esto, en sí, representa una gran victoria, puesto que una sesión secreta — sin precedente, aunque teóricamente permisible bajo las reglas constitucionales existentes — hubiera inspirado sospechas a los aliados de Francia y dejado francamente abierta a los enemigos la puerta de la maledicencia, mientras que los diputados se hubieran visto encadenados por el conocimiento de discusiones y decisiones

que no podrían honradamente ni defender ni repudiar. El debate significó para M. Viviani más que cualquier triunfo: fué una revelación del acrisolado y valeroso espíritu de Francia. El Primer Ministro pintó el cuadro de una nación unida; hizo presente a la Cámara la unidad en sacrificio y resolución, que es, hoy día, el hecho supremo e impugnable en Francia.

El Soldado Ruso.

PARA bien comprender la resistencia admirable de nuestros amigos en Polonia, su tenacidad sin límites, sus desconcertantes alternativas de retrocesos y ataques, que hacen pensar en el flujo y reflujo y en la corriente misteriosa de las olas; para comprender en fin los atrevimientos llenos de seguridad de su defensiva y la habilidad de su retirada, hay que penetrarse de lo que

es el soldado ruso, estudiándole más de cerca y no tan sólo a través de nociones vagas e incompletas. Unico en todo, ofrece un tipo sorprendente de grandeza, de fuerza y de nobleza. Sus condiciones y sus cualidades, algunas de las cuales llegan al rango de virtudes, le vienen primero de la naturaleza, de la inmensidad del país que habita, de su tristeza llena de calma, de la profundidad de sus horizontes.

Desde sus más lejanos orígenes la estepa ha formado y perfeccionado al

mougik. Al nacer, ya presiente su desierto gris. Por privilegio es inmune contra la distancia, cuya hostilidad desconoce. Ignora los peligros de ella e instintivamente aprecia su valor. La distancia es su amiga, su benefactora; tiene para él algo de divino. La tierra, el cielo, la rudeza del clima y de las costumbres parecen también dar al ruso una potencia especial. Ningún hombre constituye mejor que él una imagen absolutamente étnica. Generalmente de alta talla, hercúleos, de amplio pecho y de miembros robustos igualmente desarrollados, parecen nacidos como para una caza de grandes bestias; aguerido para la resistencia, preparado para la longevidad, parece ser de construcción superior. Hay en él algo del árbol y del oso. Tiene la seguridad de su lentitud, el sólido aplomo de su estatura y de su peso. Las pruebas más duras que triunfan de las energías corporales de otros, son impotentes para reducirle. No siendo inmortal, el ruso puede morir, pero sin ser vencido. Puede cesar en la lucha, detenerse en ella, pero abatirse jamás. El infortunio



UN ENCUENTRO CASUAL ENTRE EL GENERAL DUBAIL Y SU HIJO (QUE MANDA UN REGIMIENTO DE CAZADORES) A 700 YARDAS DEL ENEMIGO.

momentáneo produce en él el principal efecto de fortalecerle. Los golpes repetidos le yerguen, semejante al buen yunque, que en lugar de agrietarse rechaza el martillo. Sobrio, vestido igualmente en invierno que en verano, duerme en todas partes, hasta bajo las tiendas que forma la nieve. El sol no le daña con sus rayos, y la lluvia se desliza por sus cabellos lacios como a lo largo de un techo. Soldado, el *mougik* alcanza el punto más alto de energía física y moral. La vida militar termina su aprendizaje humano. Conserva la robustez y la dulzura del campesino, la increíble habilidad manual para toda clase de trabajos. No es preciso que adquiera la disciplina, pues ya la tiene en la sangre, junto con un absoluto deseo de obrar bien, y sin que ningún mal espíritu de excepticismo o de rebelión vengan a corromperla o a dañarla, como acontece en otros países. Practica para con sus amos y sus jefes la inagotable obediencia del perro o del niño. Poseyendo el sentido de la afectividad y conociendo la necesidad de ser docil, ha nacido *hijo* humilde y sumiso. Es preciso que después del *Zar*, que ejerce la paternidad soberana e ilimitada, aquellos que están colocados por encima de él, y de quienes se sabe amado y protegido, tengan asimismo por derivación un poco de esta autoridad familiar, que él introduce en todo lo que le domina, ya que el señor, el funcionario y el oficial son siempre *sus padres*. De lo más alto a lo más bajo de la gran escala, el ruso atribuye al poder una fuerza y un matiz patriarcales.

La unidad que allá se observa en todas partes, en la existencia de las personas, en el aspecto de las regiones, en la marcha monótona de las cosas, facilita la cohesión de las multitudes. Los ejércitos no conocen la contrariedad de las tendencias opuestas ni las vivacidades rivales del espíritu de cuerpo. Los anima y regula una misma amplitud de pensamiento. Les reviste una idéntica y monótona grandeza. Bajo este aspecto exterior se vé al soldado de la estepa revelar el carácter eminentemente religioso que le distingue. Sirve a la patria místicamente, es el peregrino de las batallas. La guerra se convierte para él en un voto. Aun cuando permanezca de pié, se siente que está posternado. Aun en medio de la oscuridad más profunda, le ilumina la plegaria adormecida pero vigilante, y que llena siempre su alma pronta a surgir a cada instante. Herido, destrozado, aún dice a los camilleros que le con-

ducen "*perdón, hermanos míos.*" Sin horror, sin temores, mira llegar la muerte, inclinándose con respeto, como si fuese el último ícono.

* * *

Reforzando sus creencias con el fatalismo, el soldado ruso, absolutamente *inimpresionable* en el sentido nervioso, como un oriental de las tierras glaciales, como un contemplativo de la *izba*, del campanario verde, del cementerio con cruces blancas, concentra en sí mismo reservas de fuerza y de paciencia imposibles de imaginar. El espíritu de abnegación hace de él un bloque de calma. Su afán de sacrificio frigorifica su voluntad y la conserva más tiempo

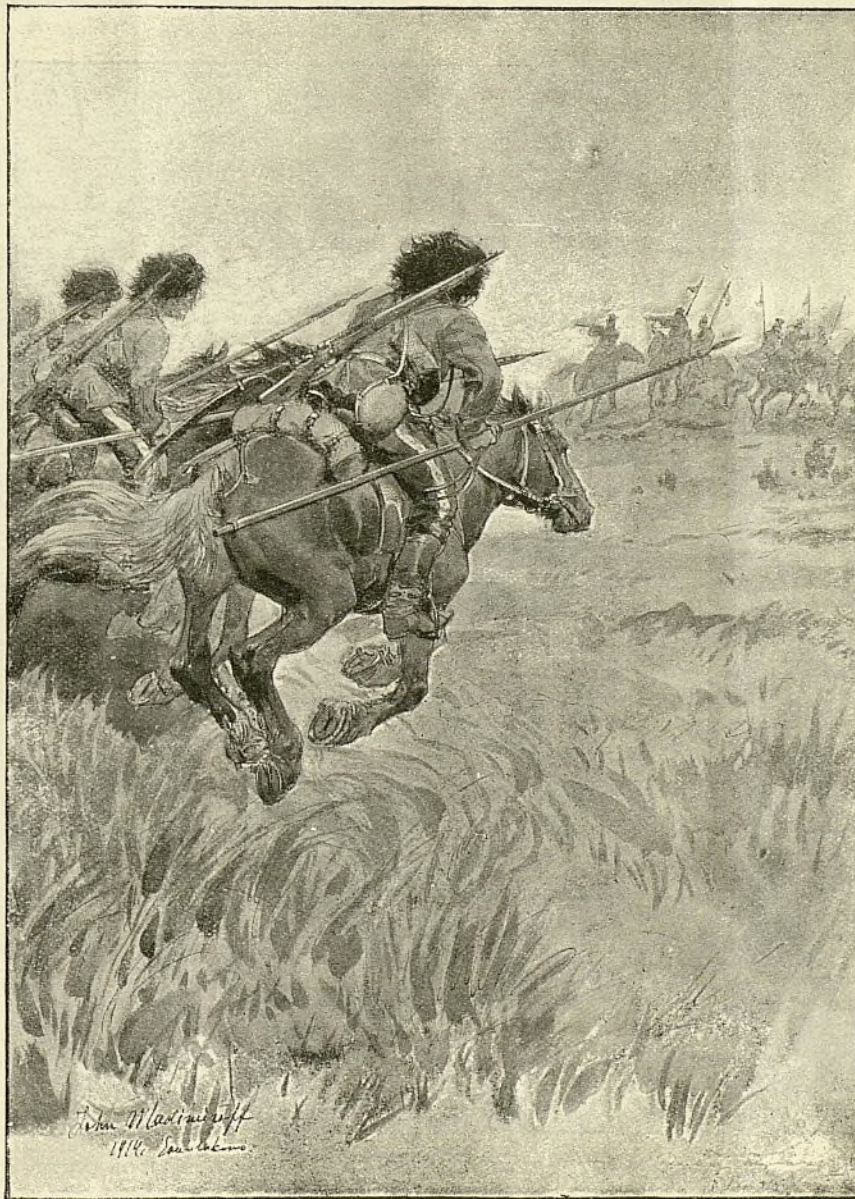
intacta. A pie o a caballo, se muestra un guerrero sin caprichos, terrible y seguro, gigante como un búfalo salvaje y fácil como un cordero.

Infante, marcha tanto cuanto se quiera, no importa en qué dirección, si es preciso hasta el fin del mundo. Por horas enteras, por semanas, por meses, de día, de noche, bajo todas las temperaturas, puede recorrer sin contarlas centenares de *verstas* a un mismo paso, regular y devorador, y como un azote hiere el suelo con la planta y le arroja hacia atrás.

El ataque es su deber. Ama el fusil con pasión y, siempre fiel al consejo de Souvarow, "*tira poco, pero certeramente.*" Cuesta grande esfuerzo impedirle que sea avaro de sus municiones, y al observar gustoso en ello una prudente economía, declara honradamente que "*no se deben arrojar los cartuchos al viento, la pólvora pertenece a la Corona.*" Sabe asimismo que el fuego, aun cuando eficaz y bien

nutrido, es en caso necesario un exordio tan sólo, un medio, pero nunca el fin. La bayoneta es la única que alcanza éste. Con ella se trabaja mejor. La bala es loca, la bayoneta es sabia, dice la vieja máxima. Es imposible dejar de usar el *arma fría*, como la llama *Gourko*. Hágase lo que se haga, hay siempre la obligación de recurrir a ella. Más que ningún otro soldado, desdén la organización, el número, las formaciones, el armamento; y en su opinión todos estos factores son secundarios, ya que a fuerza de igualarse por ambos lados se anulan. La escuela rusa no ha cesado de sostener que en el campo de batalla y en último análisis, es siempre el hombre el que queda frente al hombre.

"*Dadme soldados bien decididos* — ha escrito el General



CABALLERIA RUSA ATACANDO UN GRUPO DE ULANOS.

Dragomirow — *y yo me encargo de la buena táctica*. Hombres, más hombres y después más hombres; éste es el primero de todos los instrumentos de combate. Ahora bien, el hombre es solicitado por dos sentimientos contrarios: el del deber y el de la conservación. El primero de ellos lo representa la bayoneta, el segundo la bala."

Concluye diciendo que, a despecho de todos los progresos y de todos los bellos resultados de la mecánica moderna, "no son los todo poderosos en el campo de batalla los que saben matar, sino los que se saben hacer matar."

Tiene razón, siempre y cuando no se lleve este sistema a ciertos límites cuyo exceso le hiciese peligroso. La ametralladora efectivamente no es ni despreciable, ni vana; con certeza es más mortífera que cualquier asalto... y, sin embargo, no reemplaza a éste, le retarda y le hace más necesario; pero eso es todo. La bayoneta vá delante de todas las armas, aún comprendiendo los grandes cañones. Es más bien en el brillante, acero de su hoja, más que en el bronce de éstos, en donde convendría grabar la clásica *ultima ratio*.

Esta supremacía del arma blanca la tiene también el dragón ruso. Los cosacos son los maestros de la lanza, el arma de los tiempos pasados, y de la *chachka*, el sable curvo con el cual siegan las cabezas como la avena de los campos, y ya vengan estos ginetes del Don, de Kouban, de Térek, de Astrakan, del Oural, de Siberia, del Transbaikal o del Amour.

Desde Gogol hasta Tolstoi han sido celebradas la prontitud de rayo, la fiereza y la impetuosidad huracanada de su ataque. Así es el ejército ruso entero. Le gusta moverse, extenderse, aparecer aquí, desaparecer allá, reformar sus líneas más lejos, surgir de una manera inesperada... no puede quedarse en un mismo sitio, y no se resuelve a ello, sino en último extremo. El soldado es nómada. No le agrada hacer excavaciones ni remover la tierra; prefiere abandonar una posición, a reserva de recobrarla más tarde, que ocuparla desde luego y sumergirse en ella. La trinchera-abrigo le desagrada. Habladle de defenderse "con sus piernas," por el ataque o por la retirada, poco importa, según lo que crean sus jefes, a quienes no disiente ni por un segundo. Mientras marche con su fusil y su cantimplora, no se quejará.

* * *

El jefe no le vá en zaga al soldado, puesto que le instruye y le comunica su espíritu militar, que es muy levantado.

Los Generales, al lanzar a sus soldados a la muerte, invocan el socorro de Dios. Los oficiales, en campaña, son un ejemplo no interrumpido de valor y de cumplimiento del deber.

Recuerdo el rasgo que me fué relatado por el comandante de Villebois-Mareuil, antes de que este jefe de tan alto valor y de tan noble carácter fuese a caer gloriosamente en el Transvaal en las filas del ejército boer, al cual había ofrecido los servicios de su espada. Amigo de Skobelev, conocía bien el ejército ruso.

Durante la campaña, me dijo, el General Radetsky recorría el campo de batalla de Schipka. Era de noche. Llegó cerca de una batería y vió en el suelo diez y siete artilleros acostados sobre sus capas, alineados, uno junto al otro, con el rostro ennegrecido por el humo. Apoyado contra un cañón un joven capitán estaba en acecho, de pie, tratando con ojos escrutadores de penetrar las tinieblas en dirección al enemigo. Radetsky le interroga, y mostrándole los soldados, dominados por la fatiga y tendidos unos al lado de otros, le preguntó:

— ¿Duermen?

— No, excelencia; mis camaradas han sido muertos.

— ¿Entonces qué esperáis aquí solo?

— Que llegue mi turno.....

¡Admirable y tranquila respuesta, digna de enamorar a la Victoria! Ella acompaña en estos momentos, y a pesar de todo, a nuestros hermanos de aquel país, y vá con ellos en todas las etapas, guiando sus ejércitos sublimes de constancia y de fé. Ahora se halla en su puesto a la retaguardia. Mañana irá en la vanguardia.

Esta victoria no puede ser infiel al gran Duque Nicolás, cuyo genio en la

lucha gigantesca actual sabrá aprovecharse de la naturaleza y vencer con ella a la manera de Anibal.

28 de Agosto de 1915.

Henri Lavedan

Francia.

DESTERRADO de mi patria y errante sobre la vasta extensión de la tierra, ambulaba en busca de otra patria.

Marchando al azar llegué a un país donde reinaba una

Ayuntamiento de Madrid



ATAQUE DE INFANTERÍA RUSA.

larga primavera y un largo otoño, donde eran desconocidos los pesados calores de nuestros veranos y los fríos mortales de nuestras montañas. Y entre las viñas y los campos que el sol bañaba, veía trabajar, siempre jóvenes, sonrientes y hospitalarios, a los habitantes de este país.

Y pregunté: "¿Cuál es el nombre de esta tierra feliz?"

Y respondieronme: "Francia, la voluptuosa."

Acerquéme a las ciudades, llenas de monumentos espléndidos, de castillos armoniosos, de arcos estupendos que recordaban los triunfos de su pasado, y por cima de todos veía siempre sus catedrales gigantescas elevándose hacia el cielo en un deseo extático de atraer a su Dios.

Y pregunté: "¿Cuál es el nombre de este país maravilloso?"

Y respondieronme: "Francia, la gloriosa."

Avanzando siempre, detúveme de pronto asombrado por el color rojo de un largo río. ¡Horror! Era un río de sangre caliente que traía de muy lejos sus ondas espesas. Atrévime y avancé más aún. Elevábanse ante mí negras nubes de humo que ocultaban el sol sobre un campo de combatientes: los unos caían sonriendo a la muerte, los otros les remplazaban cantando.

Y pregunté: "¿Cuál es el nombre de este país de hidalgos?"

Y respondieronme: "Francia, la valerosa."

Llegué, por fin, a una ciudad inmensa de la que no veía ni comienzo ni fin: una ciudad llena de palacios suntuosos, de parques y de fuentes. Reverberaba el sol sobre el mármol de los pavimentos y acariciaba las caras serenas y resignadas de mujeres vestidas de luto. Las campanas de las numerosas iglesias llenaban el aire con sus sonidos graves, y las palabras *Te Deum*, desconocidas para mí, partían de miles y miles de bocas.

Y pregunté respetuosamente: "¿Cuál es el nombre de este país de luto?"

Y respondieronme: "Francia, la victoriosa."

Prosternéme entonces, y besando su suelo díjeme: "He encontrado mi segunda patria."

ARMEN TER-OHANIAN.

Dos Cartas de Kipling.

PUBLICAMOS a continuación un extracto de dos cartas que el gran novelista inglés Rudyard Kipling escribió durante su reciente permanencia en París. Su primera es anterior y la segunda posterior a la visita que hizo a las líneas francesas:

"14 de Agosto de 1915.

... ¡París es encantador en estos momentos!
Es la primera vez que veo y comprendo verdaderamente

su figura; conocía su alma, pero su forma era pesada a la vista, sobrecargada de detalles, enmascarada por la presencia de un gran número de extranjeros. Lo que mayor impresión me ha causado es cierta mirada en los ojos de las mujeres: no la mirada de ensueño, sino de realización, como si la vista se hubiese adaptado para medir mayores distancias. En su mirada se retrata el valor unido a la vivacidad, a la gracia subyugadora y a la voluntad inquebrantable de conservar la sonrisa de la vida. Me humillo ante esta manifestación del valor cuya expresión es tan frívola.

Otra cosa extraña: he escuchado una risa que no creo haya sido oída después de la Revolución: la risa gutural de una mujer del pueblo que relataba qué se yo qué historia de alemanes muertos. Y después de haber citado el número es cuando ha reído así. . . .

¡Que día tan maravilloso para conmemorar sus muertos el que celebrarán unidas en lo futuro Francia e Inglaterra!
¡Me imagino los buques especiales atestados de peregrinos que vendrán a contemplar tal ceremonia!

No hay para mí nada tan interesante como contemplar

nuestros soldados en Francia, y la verdadera solidaridad que reina entre los nuestros y los vuestros. Espero que muy en breve podremos extender un poco más nuestras tropas sobre el frente de combate, y ya se habla de hacerlo por destacamentos. La salud y el aspecto de los soldados franceses me han impresionado vivamente también. Pero la nueva visión de París quedará grabada en mi espíritu hasta la muerte.

Creía que mi admiración por Francia no podría ser mayor, pero me he

equivocado. Hoy comienzo solamente a comprender un poco lo que realmente es. . . ."

"23 de Agosto de 1915.

... Sólo tengo tiempo para daros las gracias, y dedicarme enseguida a escribir algunas de las impresiones que he traído de mi visita a vuestras líneas en el frente de combate. Os diré que fué esto una revelación: algo que sobrepasa lo que las palabras pudieran describir, y de lo que me siento en extremo orgulloso. Cuanto he visto hace nacer en mí el vehemente deseo de prosternarme ante cada francés que encuentro en mi camino. Pero esta actitud mía pudiera no ser comprendida. . . .

Vuestro devoto,

RUDYARD KIPLING.

P.S.—Pero sostengo que ni Francia misma sabía, hace un año, lo que en realidad encerraba su alma."

Ayuntamiento de Madrid



UN ABRIGO DE TROPAS FRANCESAS CERCA DE LA LÍNEA DE FUEGO.

PÁGINAS ITALIANAS

El Libro Verde Italiano.

(Continuación.)

A la observación reiterada por el Barón Macchio de que todo pacto debe hacerse depender de los resultados finales de la guerra, respondí que si deseábamos guiar la opinión pública italiana inclinándola en sentido favorable hacia ciertos acuerdos, precisaba hacerle ver desde un principio un *mínimum* de ventajas tangibles y ciertas, y no dependiendo de eventualidades inciertas y remotas, y que, de otra manera, cualquier empeño quedaría sin ningún efecto práctico.

Habiendo manifestado el Barón Macchio las dificultades extremas en tratar temas semejantes no tan sólo por cuestiones de amor propio y de susceptibilidad que yo exponía, sino asimismo por el precedente que dejarían sentado en un Imperio formado como lo estaba el austro-húngaro, manifesté que la separación de los pocos italianos que aún eran súbditos austriacos no podía constituir un precedente peligroso para el Imperio, porque en la actualidad, y a partir de 1859 y 1860, el elemento italiano era tan exíguo numéricamente que no podía defenderse frente a las demás nacionalidades co-asociadas, y habían llegado al grado de no poder ya aspirar a ningún desenvolvimiento dentro de los ámbitos del Imperio, a semejanza de como podían esperarlo las otras nacionalidades. Cítéle como ejemplo a Trieste, en donde aún en los momentos en que las relaciones entre ambos Estados habían sido más cordiales, la presión de los eslavos había forzado al Gobierno Imperial a actos contrarios hacia el elemento italiano, a pesar del daño que resultaba con ello aun a la situación internacional misma.

Al elemento italiano en Austria no le quedaban más que dos extremos: o desaparecer sofocado por las otras nacionalidades eslavas o alemanas que lo oprimían, o bien separarse del Imperio.

Para la situación general e internacional, podía ser más conveniente para el Imperio mismo convenir en la amputación quirúrgica.

Quedamos entendidos que se discutiría amigablemente acerca de todas estas cuestiones, precisando por una y otra parte las ideas y las proposiciones y debatiendo la cuestión tanto en Viena como en Roma.

SONNINO.

II.

Del Ministro de Negocios Extranjeros a los RR. Embajadores en Berlín y Viena.

(Telegrama.)

ROMA, 15 de Enero de 1915.

Para conocimiento exclusivo de V. E., comuníquese la parte esencial de algunas de las conferencias que he celebrado últimamente.

11 de Enero de 1915.—Primera Conferencia.

El Príncipe de Bülow me decía que Alemania manda a Viena al Conde de Welde, quien fué Embajador en Roma y después varios años en Viena, con el fin de inducir al Gobierno austriaco a ceder el Trentino a Italia.

Son de dos órdenes, manifestábame el Príncipe de Bülow, las dificultades mayores que se prevén, y a las cuales convendría encontrar una salida.

1.º De carácter militar.—El elemento militar hará dificultades para liberar, durante la guerra, a todos los

militares nativos de las regiones sobre cuya cesión se trata. Díjome que los naturales del Trentino que están en el ejército Imperial se baten bien, y que si no sería posible esperar para liberar a esos soldados hasta que la paz se firmase.

2.º De carácter dinástico.—No se desea lastimar la susceptibilidad del Emperador, quien lleva entre sus títulos el de Conde del Tirol. Que si no sería una manera de resolver esta cuestión cubriendo las formas, hacer una cesión del antiguo Obispado de Trento, que formaba parte del Imperio germánico Romano, y que sólo fué agregado al Tirol recientemente. A mi pregunta acerca de cuáles eran precisamente los límites del Obispado, el Príncipe de Bülow no me contestó. Yo manifesté respecto a la cuestión militar, que no veía la posibilidad de retardar la liberación de los militares de las provincias que fuesen cedidas, y que, hecha la cesión, mantener a dichos soldados bajo las banderas austriacas causaría un efecto deplorable en la opinión pública italiana. En cuanto a la cuestión del obispado de Trento, díjele que no podía contestarle nada por el momento.

En la formación del Reino Itálico-Napoleónico, el Trentino era una Estado separado del Tirol y llegaba hasta Bolzano.

El Príncipe de Bülow observó que en Bolzano la población era alemana cuando menos en su gran mayoría, y que en el valle de Merano era enteramente alemana.

Que me suplicaba hacer alguna investigación acerca de los confines del antiguo Principado Eclesiástico de Trento, que él ya había tratado de informarse, y que convenía hacer todo aquello que facilitase la labor del Conde Wedel.

El Príncipe de Bülow habla como si debiese ser cosa entendida que si Austria nos ofrece el Trentino contra nuestra obligación de neutralidad absoluta, nosotros no exigiremos más.

Segunda Conferencia.

En la tarde del mismo 11 de Enero, el Barón Macchio, hablándome del artículo séptimo y de las compensaciones eventuales, volvió a hablar de Albania, diciendo que no comprendía por qué ahora Italia no le daba aquella importancia que demostrara en años pasados.

Contestéle repitiendo que nuestros intereses en Albania eran, más que otra cosa, negativos, esto es, que ninguna otra potencia la ocupase; y que no teníamos ningún deseo de ser llevados por fuerza al engranaje de las cuestiones internas de los Balkanes y de encontrarnos de una manera inevitable y duradera en oposición con Servia y Bulgaria. Que por lo demás, Austria también mostraba ahora menos interés asimismo sobre esta región. Que hacíamos motivo de la cuestión de las compensaciones aquellas provincias que eran el punto de mira del sentimiento popular nacionalista.

El Barón Macchio insistió sin poder resignarse a dejar a Albania fuera de la discusión como materia de compensaciones, y manifestó que el artículo séptimo se refería a cuestiones balcánicas tan sólo. Repuse que ese artículo se refería a modificaciones en los Balkanes como motivo para tratar acerca de compensaciones, pero que no significaba de ninguna manera que las compensaciones mismas deberían referirse exclusivamente a los Balkanes.

El Barón Macchio habló de nuestros armamentos y de nuestra concentración de tropas, especialmente en las provincias más cercanas a la frontera austriaca, insistiendo acerca de la benévola neutralidad que se debía mantener cuando uno de los aliados decidía no tomar parte en las hostilidades, junto con los otros aliados

Tercera Conferencia.

En una visita que me hizo hoy, 14 de Enero, el Príncipe de Bülow, me manifestó que si no sería posible, eventualmente, cuando se llegase a un acuerdo acerca del Trentino, no anunciarlo al público y menos a la Cámara, diciendo solamente el Gobierno a ésta que había obtenido lo bastante para que se conceptuasen satisfechas las mayores aspiraciones nacionales.

Díjeme que esto era absolutamente imposible, que la fantasía popular se forjaría grandes cosas, de tal modo que cuando más tarde, en el día en que se supiese de qué cosa se trataba, habría una desilusión universal y la reacción consiguiente; que en estas circunstancias, era preferible no hacer nada o no anunciar nada como definitivo.

En cuanto a la forma de la cesión por lo que se refiere al Trentino, el Emperador podía muy bien, aún después de la cesión, conservar su título de Conde del Tirol, porque el Trentino fué reunido administrativamente al condado del Tirol solamente hasta 1802. Que bastaría que al hacer la cesión se determinasen con precisión los límites, ya que en los siglos anteriores el Principado Eclesiástico de Trento había tenido límites muy variados. Agregué que no creía que el sentimiento popular italiano debería contentarse con solo el Trentino; que una condición estable de concordia entre Austria e Italia no podía existir sino hasta tanto que pudiese eliminarse completamente la fórmula irredentista "Trento y Trieste."

El Príncipe de Bülow rogó que no aumentásemos las demandas, porque, sin duda, Austria preferiría la guerra a la cesión de Trieste, y me presentó razonamientos tendiendo a demostrar toda la importancia que se dá en Austria a la posesión de ese puerto. Que él creía poder tener éxito en cuanto al Trentino, pero no más; y que repetía que era de suma importancia, tanto para Alemania como para Italia, que se llegase a un arreglo y se evitase la guerra.

SONNINO.

12.

Del R. Embajador en Viena al Ministro de Negocios Extranjeros.

(Telegrama.)

VIENA, 18 de Enero de 1915.

En la conversación que he tenido hoy con este Ministro de Negocios Extranjeros, le he significado los varios argumentos expuestos por V. E. al Barón Macchio en la conferencia que celebró con él acerca de la aplicación del artículo séptimo del Tratado de Alianza.

El Barón Burian manifestó que tenía que declararme

nuevamente que en cuanto Austria-Hungría hubiese llevado a cabo positiva ocupación temporal, estaba dispuesta a dar a Italia las debidas compensaciones relacionadas con el pre-indicado artículo.

Después díjome que no comprendía cómo podía hacerse la afirmación de que Austria-Hungría había iniciado la guerra actual con finalidad y dirección opuestas a los intereses de la política italiana en la Península balcánica, desde el momento en que lo que Austria-Hungría se había propuesto, al promover una guerra contra Serbia, era tutelar los intereses de la Monarquía, y, por consiguiente, el *statu quo* existente, que estaba amenazado por aquella Potencia.

La guerra tenía, pues, un fin defensivo y no agresivo, y así lo había declarado en varias ocasiones el Gobierno Imperial y Real.

Hice ver al Barón Burian que nosotros estábamos interesados en el mantenimiento de la independencia política y económica de Serbia, así como del equilibrio en la Península balcánica. Que era evidente que esta independencia y este equilibrio se hallaban gravemente amenazados por la

guerra actual, y que, por consiguiente, no podía tal guerra ser mirada por nuestra parte sino como contraria a nuestros intereses en los Balkanes.

Habiendo replicado el Barón Burian que Austria-Hungría no pretendía de hecho modificar el *statu quo* en los Balkanes ni hacer adquisiciones territoriales en Serbia o cosa semejante, desde el momento en que no era su intención aumentar la población servia ya existente en la Monarquía, a mi vez manifesté que la independencia de

Servia y el equilibrio en los Balkanes no estaban amenazados tan sólo por las adquisiciones territoriales que Austria-Hungría pudiese hacer en dicho Reino o en otra región; sino también por cualquiera ventaja en influencia o preponderancia políticas, así como ventajas económicas, morales o de cualquiera otra índole que obtuviese, ya que todas ellas estaban comprendidas en el artículo séptimo del Tratado.

El Barón Burian díjome en seguida que estaba dispuesto a cooperar con V. E. contribuyendo a eliminar la continua tirantez y mala inteligencia entre ambos países y para hacer reposar las relaciones recíprocas sobre una base de simpatía y cordialidad; y, que además, se adhería a lo que V. E. había dicho al Barón respecto a que una alianza era estéril e inútil si no la alimentaba la amistad.

Refiriéndose después a la cesión eventual de territorios pertenecientes en la actualidad a la Monarquía, manifestóse sorprendido de que la cuestión fuese colocada en un terreno tan delicado, ya que estos territorios se consideraban aquí como "*Erbland*." Al referirse a las graves dificultades que semejante cuestión suscitaría, agregó que si la demanda que formula Italia fuese conocida del público,



CEREMONIAS RELIGIOSAS EN EL EJÉRCITO ITALIANO EN CAMPAÑA.

no dejaría de provocar la más viva oposición en las regiones todas de la Monarquía. Repuse que una demanda semejante no me parecía que debiese impedir que se discutiese amigablemente la cuestión, tomando como punto de partida el supuesto de que aquellas condiciones que fuesen susceptibles de acarrear perjuicio podrían ser eliminadas subsecuentemente.

Habiendo replicado el Barón Burian que la cesión de los territorios que nosotros pedíamos podía constituir un precedente en una Monarquía como la austro-húngara, expliquéle que la separación de unos pocos italianos súbditos austriacos no podía constituir un precedente peligroso para la Monarquía; y a este propósito desarrollé los otros argumentos expuestos por V. E. al Barón Macchio. Al referirme posteriormente a nuestra ocupación de las islas del Dodecaneso y de Valona, el Barón Burian indicó que por esta ocupación podía haberse invocado el artículo séptimo del Tratado, e hizo alusión, como de pasada, a una expansión por nuestra parte, ulterior a la ocupación de Valona.

Contestéle que no me parecía que se pudiese invocar el artículo citado respecto a tal ocupación. Que era notorio cómo se había efectuado la ocupación del Dodecaneso: que por lo que hacía a la ocupación de Valona, había sido motivada por el estado de desorden que reinaba en Albania y tendía a tutelar las deliberaciones de la Conferencia de Londres, ya que Italia era la única Potencia que no estaba implicada en la guerra.

Que por lo demás, los esfuerzos del Gobierno Real se dirigían a conservar, por el momento y hasta donde fuese posible, el *statu quo* en Albania, en espera de las deliberaciones finales que se celebrasen respecto a la Europa al final de la guerra. Añadí que Albania no tenía para nosotros más que un interés negativo; el de impedir que alguna otra Potencia fuese allí, y que tal región no tenía para Italia atractivo alguno. Nosotros no teníamos deseos de ponernos en conflicto de un modo continuo con Servia u otra Potencia balcánica. Que no dudaba que el Barón Macchio le hubiese explicado cuál era en realidad la situación en Italia. La mayoría del país quería la neutralidad, y estaba decidida a sostener al Gobierno; pero con la condición presupuesta de obtener alguna satisfacción en las aspiraciones nacionales.

No debía olvidarse que la Monarquía entre nosotros, derivaba precisamente su fuerza del hecho, de que representaba el sentimiento nacional. Por ésto era por lo que el Gobierno Real había llevado la cuestión de las compensaciones a la región hacia la cual se dirigía el sentimiento popular, adquiriendo de él la fuerza necesaria a fin de contraer y cumplir los empeños diplomáticos que eventualmente contrajese. En este punto recordé al Barón Burian que me había manifestado en la primera visita que le hice que se esforzaría porque la Alianza pudiese subsistir aún en lo porvenir. Sin embargo, para poder alcanzar tal propósito era preciso, según había yo expuesto, dar a la Alianza aquello que le faltaba actualmente, esto es, perfecta cordialidad recíproca, y poner las cosas sobre una base segura y constante. Que V. E. tendía a ello al llevar la cuestión de las compensaciones sobre el terreno que yo había indicado. A ésto, el Barón Burian replicó que reconocía que la intención era amigable, y por ello quedaba agradecido a V. E.; pero no podía menos que repetirme cuanto a este respecto me había manifestado.

Por último, el Barón Burian me dijo que no comprendía el que Italia, en su calidad de Potencia neutral, no pudiese aceptar una discusión respecto a compensaciones refiriéndola a territorios poseídos por otro Estado beligerante, y al propio tiempo pedía, a título de compensación, la cesión de territorios pertenecientes a Austria-Hungría, que era asimismo un Estado beligerante. Que no le parecía que se pudiese exigir de Austria-Hungría aquello que no se creía pudiese pedirse a las otras Potencias que eran beligerantes tanto como ella lo era; y que me pe-

día que suplicase a V. E. explicase mejor sus ideas a este respecto.

El Barón Burian terminó diciendo que había estudiado mejor la cuestión de que le había yo hablado; y después de haber consultado más atentamente los términos del artículo séptimo del Tratado, que no tenía presentes, estaba dispuesto a discutir amistosamente la cuestión misma, examinando las ideas y las proposiciones que se emitiesen acerca de este asunto.

AVARNA.

13.

Del R. Embajador en Berlín al Ministro de Negocios Extranjeros.

(Telegrama.)

BERLÍN, 22 de Enero de 1915.

El Canciller vino por dos días a Berlín, y habiendo manifestado deseos de verme, he tenido una conversación con él ayer por la noche. Díjome que estaba al corriente del cambio de ideas que se había iniciado entre el Gobierno Real y el Gobierno austro-húngaro, y que deseaba vivamente pudiesen conducir a un resultado satisfactorio para ambas partes en pro del mantenimiento y consolidación de las buenas relaciones entre las dos Potencias, que representaban un punto cardinal de la política del Gobierno alemán. Que con estas intenciones, el Gobierno alemán había apoyado y continuará apoyando con toda insistencia nuestros pasos en Viena; pero que era menester, agregó, que asimismo el Gobierno Real se aviniese a facilitar el arreglo, llevando las negociaciones con aquella prudencia y aquella moderación que exige la naturaleza particularmente delicada de las cuestiones de que se trata.

BOLLATI.

14.

Del Ministro de Negocios Extranjeros al R. Embajador en Viena.

(Telegrama.)

ROMA, 23 de Enero de 1915.

Refiriéndome a la indicación hecha a V. E. por el Barón Burian en la conversación del 18 del corriente, respecto a mayor aclaración en cuanto a la exclusión que hago de territorios poseídos por un tercer beligerante, y a la observación del Barón Burian de que Austria-Hungría es un Estado asimismo beligerante, paréceme casi supérfluo explicar que a Austria-Hungría le pedimos la cesión de territorios que posee en propiedad, en tanto que aquel Gobierno desea discutir sobre cesión de territorios actualmente poseídos por un adversario suyo; y en ello estriba toda la diferencia.

Beligerante o no, cualquier Estado puede ceder una cosa propia a un neutral o cambiársela, sin que la aceptación por parte de éste pueda constituir una mínima violación de la neutralidad, a menos que (y no es este hoy el caso) la cosa transferida fuese objeto preciso de la contienda entre el donatario y un tercero. No puede, sin embargo, decirse lo mismo cuando se trate de dar un territorio que el Estado cedente no posee en propiedad, y que, por el contrario, pertenece a un adversario beligerante. En este caso, la aceptación de tal oferta de territorio por parte del Estado neutral, en correspondencia a cualquier acción o prestación suya, aparece evidentemente como un acto no amigable y como participio antagónico al propietario actual del territorio mismo.

(Continuará.)

PÁGINAS BELGAS

Documentos para la Historia.

"Las tropas no atravesarán el territorio belga. Van a desarrollarse graves acontecimientos. Tal vez vereis arder el techo de vuestro vecino; pero el incendio no llegará a vuestra morada."—Palabras dichas a varios periodistas de Bruselas la mañana del 2 de Agosto de 1914, por Mr. de Below, Ministro de Alemania en Bélgica.

EL ULTIMATUM ALEMÁN.

"LEGACIÓN IMPERIAL ALEMANA
EN BÉLGICA.

BRUSELAS, 2 de Agosto de 1914.

(Muy confidencial.)

El Gobierno alemán ha tenido noticias ciertas según las cuales las fuerzas francesas tienen la intención de marchar

sobre el Meuse, por Givet y Namur. Estas noticias no dejan duda alguna acerca de la intención de Francia de marchar sobre Alemania a través del territorio belga.

El Gobierno Imperial Alemán no puede desechar el temor de que Bélgica, a pesar de su mejor voluntad, no estará en condiciones de rechazar sin ayuda una marcha francesa de alta fuerza. En este hecho radica la certeza suficiente de una amenaza dirigida contra Alemania.

Es un deber imperioso de conservación para Alemania impedir ese ataque del enemigo.

El Gobierno alemán sentiría vivamente que Bélgica estimase como acto de hostilidad contra ella la circunstancia de que las medidas de los enemigos de Alemania la obliguen a violar a su vez el territorio belga.

A fin de disipar toda mala inteligencia, el Gobierno alemán declara lo siguiente:

1.º Alemania no pretende cometer ningún acto de hostilidad contra Bélgica. Si en la guerra que va a comenzar Bélgica consiente en adoptar una actitud de neutralidad amistosa frente a Alemania, el Gobierno alemán por su parte se compromete a garantizar el reino y sus posesiones íntegras, en el momento de la paz.

2.º Alemania se compromete bajo la condición enunciada, a evacuar el territorio belga en cuanto la paz sea concluida.

3.º Si Bélgica observa una actitud amistosa, Alemania

está dispuesta, de acuerdo con las autoridades del Gobierno belga, a comprar al contado todo lo que sus tropas necesiten y a indemnizar los daños causados a Bélgica.

4.º Si Bélgica se conduce de una manera hostil contra las tropas alemanas, y especialmente, si opone dificultades a su marcha de avance, bien por una oposición que hiciesen los fuertes del Meuse, ya por la destrucción de carreteras, vías férreas, túneles u otras obras de arte, Alemania se verá obligada a considerar a Bélgica como enemiga.

En este caso, Alemania no contraerá ningún compromiso hacia el reino, sino que dejará el arreglo ulterior de las relaciones entre ambos Estados a la decisión de las armas.

El Gobierno alemán tiene la esperanza justificada de que este caso no llegará, y de que el Gobierno belga sabrá tomar las medidas apropiadas para impedir que se origine. Si así sucede, las relaciones de amistad que unen a los dos

Estados vecinos, se harán más estrechas y duraderas."

LA CONTESTACIÓN DE BÉLGICA.

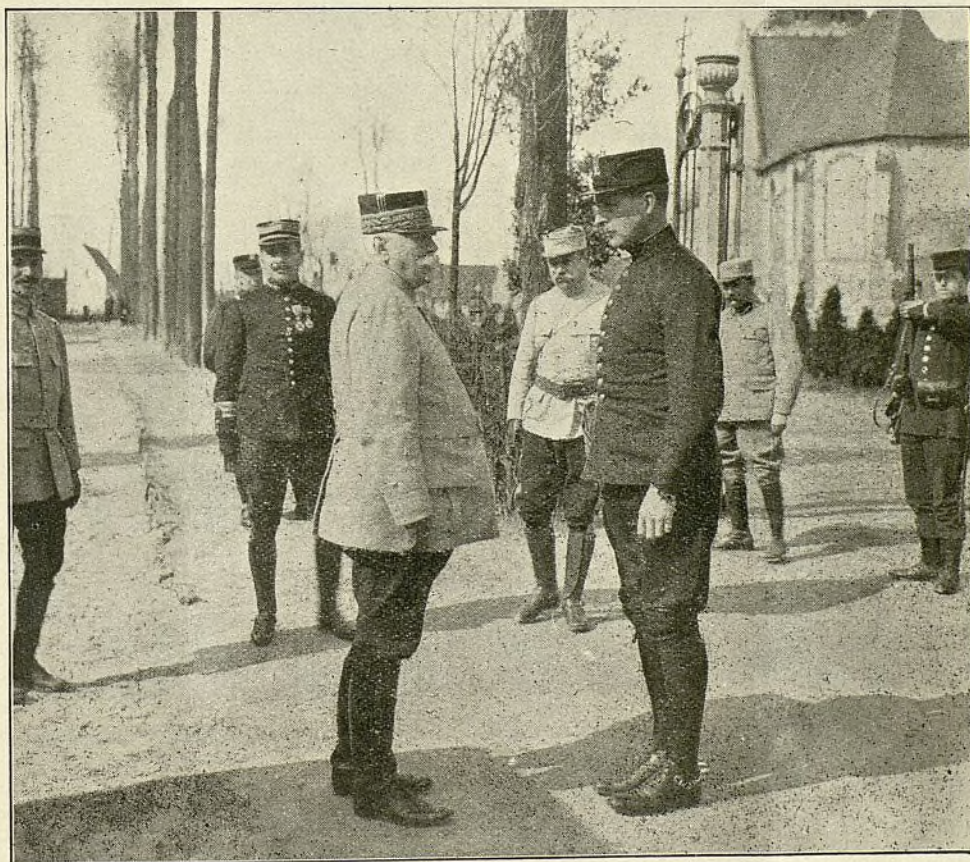
"BRUSELAS,
3 de Agosto
de 1914.

Por su nota del 2 de Agosto de 1914, el Gobierno alemán ha hecho saber que, según noticias fidedignas, las fuerzas francesas tienen la intención de marchar sobre el Meuse por Givet y Namur, y que Bélgica, a pesar de su mejor voluntad, no se halla en condiciones de rechazar sin ayuda una marcha de avance de las tropas francesas.

El Gobierno alemán se cree en la obligación de prevenir este ataque y de violar el territorio belga. En estas condiciones, Alemania propone al Gobierno del Rey, que adopte en cuanto a ella una actitud amistosa, y se compromete en el momento de la paz a mantener la integridad del Reino y la de sus posesiones en toda su extensión. La nota agrega que si Bélgica opone dificultades al avance de las tropas alemanas, Alemania se verá obligada a considerarla como enemiga y a dejar el arreglo de las relaciones entre ambos Estados a la decisión de las armas.

Esta nota ha provocado en el Gobierno del Rey una estupefacción profunda y dolorosa.

Las intenciones que ella atribuye a Francia están en contradicción con las declaraciones formales que nos han sido hechas, en nombre del Gobierno de la República, el 1.º de Agosto.



EL REY ALBERTO Y EL GENERAL JOFFRE.

Por otra parte, si de un modo contrario a nuestra creencia, Francia cometiese una violación de la neutralidad belga, Bélgica cumpliría todos sus deberes internacionales, y pondría al invasor la más vigorosa resistencia.

Los tratados de 1839, confirmados por los de 1870, consagran la independencia y la neutralidad de Bélgica, bajo la garantía de las Potencias y, sobre todo, del Gobierno de S. M. el Rey de Prusia.

Bélgica ha sido siempre fiel a sus obligaciones internacionales, ha cumplido sus deberes con un espíritu de leal imparcialidad, no ha omitido ningún esfuerzo para conservar o hacer respetar su neutralidad.

El atentado contra su independencia con el cual le amenaza el Gobierno alemán, constituiría una violación flagrante del derecho de gentes. Ningún interés estratégico justifica la violación del derecho.

El Gobierno belga, al aceptar las proposiciones que le son notificadas, sacrificaría el honor de la nación al mismo tiempo que haría traición a sus deberes respecto de Europa.

Consciente del papel que Bélgica representa desde hace más de ochenta años en la civilización del mundo, se rehúsa a creer que su independencia no pueda ser conservada sino al precio de la violación de su neutralidad.

Si esta esperanza fuese engañosa, el Gobierno belga está firmemente decidido a rechazar por todos los medios que posea, todo atentado contra su derecho."



S. M. ALBERTO, REY DE BÉLGICA, EL GENERAL GERARD Y EL GENERAL JOFFRE, EN MALZEVILLE.

DISCURSO DEL REY ALBERTO DE BÉLGICA AL PARLAMENTO,

Reunido en Asamblea Extraordinaria el 4 de Agosto de 1914.

"Jamás, desde 1830, había sonado una hora más grave para Bélgica: la integridad de nuestro territorio está amenazada.

La fuerza misma de nuestro derecho, las simpatías de que Bélgica, orgullosa de sus libres instituciones y de sus conquistas morales, no ha cesado de gozar entre las demás naciones, la necesidad de nuestra existencia autónoma para la existencia de la Europa, nos permiten aún esperar que los temidos acontecimientos no se produzcan.

Pero si nuestras esperanzas resultan fallidas, si nos es preciso resistir a la invasión de nuestro suelo y defender nuestros hogares amenazados, este deber, por duro que sea, nos encontrará armados y decididos a los mayores sacrificios (*aclamaciones y gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva Bélgica!*).

Desde ahora, y en previsión de cualquier evento, nuestra valiente juventud está de pie, firmemente resuelta,

con la tenacidad y la sangre fría tradicionales en los belgas, a defender la patria en peligro (*aplausos*).

Yo le envío un fraternal saludo en nombre de la nación (*aclamaciones y gritos de ¡Viva el ejército!*). Por todas partes, en Flandes y en Walonia, en las ciudades y en los campos, un solo sentimiento oprime los corazones: el patriotismo. Una sola visión aparece a todos los espíritus: nuestra independencia comprometida. Un solo deber se impone a nuestras voluntades: la resistencia tenaz (*aplausos y aclamaciones*).

En estas graves circunstancias, dos virtudes son indispensables: el valor lleno de calma y de firmeza, y la unión íntima de todos los belgas.

Ambas acaban de hacerse patentes de un modo brillante a los ojos de la nación, llena de entusiasmo.

La irreprochable movilización de nuestro ejército, la multitud de voluntarios, la calma de la población civil, la abnegación de las familias, han demostrado de manera innegable, la bravura tranquilizadora que transporta al pueblo belga (*aplausos*).

Ha llegado el momento de obrar.

Os he reunido, Señores, a fin de permitir a las Cámaras legislativas que se asocien a los impulsos populares, animadas por el mismo sentimiento de sacrificio.

Sabreis tomar con urgencia, Señores, todas las medidas que la situación requiriese, tanto respecto a la guerra como en cuanto al orden público (*señales unánimes de aprobación*).

Cuando contemplo esta Asamblea conmovida, en la cual no existe ya más que un solo

partido: el de la Patria (*aclamaciones entusiastas y gritos de ¡Viva Bélgica!*), en la cual los corazones laten en este momento al unísono, mis recuerdos me llevan hasta el Congreso de 1830, y os pregunto, Señores: ¿Estais decididos de un modo inquebrantable a conservar intacto el patrimonio sagrado de nuestros antepasados? (*Sí, sí, en todos los ámbitos de la Cámara*).

Nadie dejará de cumplir con su deber en nuestro país.

El ejército, fuerte y disciplinado, se halla a la altura de su tarea; mi Gobierno y yo mismo, tenemos plena confianza en sus Jefes y en sus soldados (*signos de aprobación*).

Unido estrechamente a la población, sostenido por ella, el Gobierno tiene la conciencia de sus responsabilidades, y las asumirá hasta el fin, con la convicción bien meditada, de que los esfuerzos de todos, unidos en el más ferviente y generoso patriotismo, serán la salvaguardia del bien supremo del país.

Si el extranjero, con menosprecio de la neutralidad cuyas exigencias hemos siempre observado escrupulosamente, viola el territorio, encontrará a los belgas todos agrupados al lado al soberano, quien no traicionará jamás su juramento constitucional, y en torno del Go-



RECLUTAS BELGAS DURANTE SU INSTRUCCIÓN MILITAR EN LA PLAZA DE UNA POBLACIÓN DEL NORTE DE FRANCIA.

bierno, fortalecido por la confianza de la nación entera. (*Bravos en todos los bancos.*)

Tengo fé en nuestros destinos. Un país que se defiende, se impone al respeto de todos: ¡ese país no perece jamás! (*Muy bien, ¡ Viva el Rey! ¡ Viva Bélgica!*)

Dios estará con nosotros en esta justa causa (*aplausos*).

¡ Viva Bélgica independiente! (*unánimes y prolongadas aclamaciones de la Asamblea.*)

Una Entrevista en Berlín.

A CABA de ser publicado por el Gobierno belga un nuevo "Libro Gris" que contiene despachos suplementarios referentes a la crisis diplomática que precedió a la guerra, así como también diversos documentos relativos a asuntos tales como las atrocidades alemanas en Bélgica, infracciones a la ley internacional, documentos relativos a las conversaciones secretas con la Gran Bretaña, etc. El libro contiene además 123 despachos, el último de los cuales está fechado el mes de Abril pasado.

Uno de los documentos más interesantes es un despacho del Barón Beyens, Ministro belga en Berlín, fechado el 4 de Agosto de 1914, en el que da el sumario de una conversación que sostuvo en dicha fecha con Herr von Jagow, Secretario de Negocios Extranjeros alemán, relativa a la demanda alemana para el libre paso a través de Bélgica. Herr von Jagow dijo:

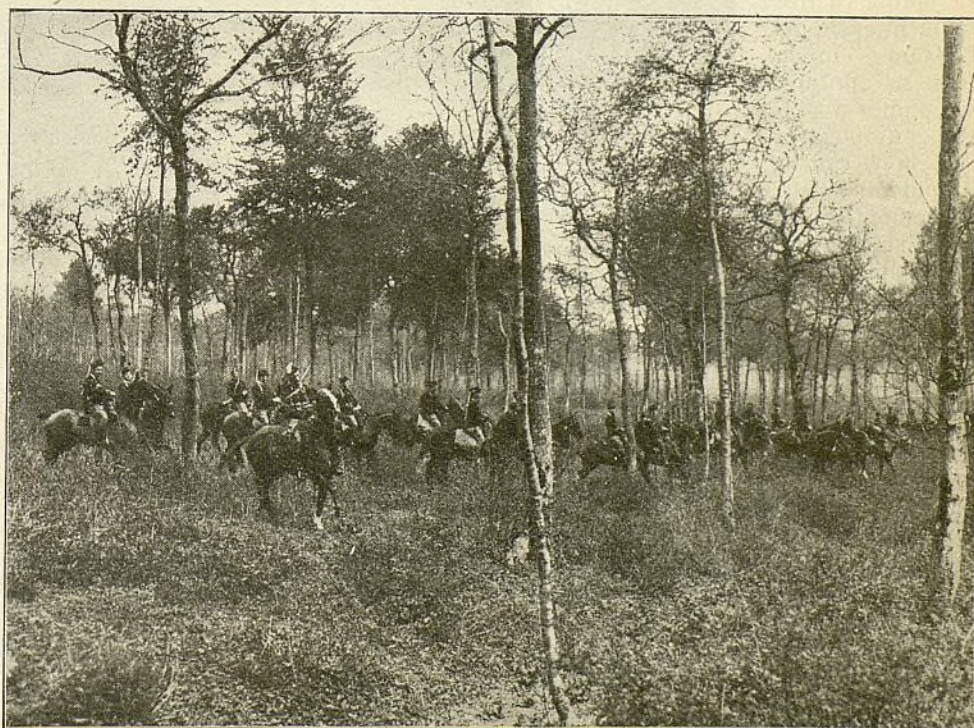
"Hemos sido obligados por una necesidad absoluta a hacer esta petición a vuestro Gobierno. Esto

es para Alemania cuestión de vida o de muerte. Para evitar su aniquilamiento debe ella aniquilar primero a Francia y luego volverse contra Rusia. Se nos informa que el ejército francés se prepara a pasar a través de Bélgica con objeto de atacar nuestro flanco, y estamos obligados a evitar tal ataque. Si el ejército belga destruye los puentes, nos permite ocupar Lieja, y se retira a Amberes, prometemos, no solamente respetar la independencia de Bélgica y la vida y propiedades de sus habitantes, sino también pagar una indemnización.

"Con profundo dolor, tanto el Kaiser como el Gobierno se han visto obligados a adoptar esta decisión. Para mí, personalmente, es el paso más penoso que he dado en toda mi carrera."

La respuesta del Barón Beyens fué terminante y digna: "¿Qué diría V. E. siuviésemos que responder a una amenaza semejante por parte de Francia? Sin duda nos tacharía de cobardes, de incapaces de defender nuestra neutralidad e indignos de gozar de vida independiente. . . . Estais prestos a convertir a Bélgica en el campo de batalla entre Francia y vosotros como prueba de reconocimiento a nuestra lealtad. Europa os condenará y tendreis a Inglaterra en contra, puesto que es una de las potencias que garantizan nuestra neutralidad."

Las declaraciones del Barón Beyens continúan en la siguiente forma: "Herr von Jagow admitió que no podíamos responder a la petición alemana en otra forma que en la que respondimos, y que comprendió nuestra respuesta. Repitió varias veces sus expresiones de pesar y de que las cosas hubiesen llegado a tal extremo Pero repetí que las naciones, al igual que los individuos, no pueden vivir sin honor."



CABALLERÍA BELGA EN UN BOSQUE DEL NORTE DE FRANCIA.

ECOS

LA PÉRDIDA DEL ISIDORO.

Relato del capitán del buque. — Un acto de piratería. — El *Isidoro* tenía izada la bandera española.

EL capitán del vapor español *Isidoro*, Sr. Echevarrieta, ha referido la forma en que fué echado a pique por los alemanes dicho buque.

"El *Isidoro*, que conducía material de hierro a Inglaterra, llevaba una travesía muy feliz.

Hallándose a 28 millas al Norte de Small, el ruido de un cañonazo sobresaltó a los tripulantes.

Pronto descubrieron a un submarino alemán, y el capitán entonces ordenó hacer rumbo hacia él. En aquel momento oyóse un segundo disparo, seguido al poco tiempo por la caída del proyectil a 10 o 12 brazas del buque.

Resueltamente, el *Isidoro* marchó hacia el submarino, pero aún en el camino recibieron la visita de un nuevo proyectil, que pasó silbando por encima del buque.

El *Isidoro* se detuvo, en vista de ello, a unas 70 brazas del buque alemán.

Entonces éste, por medio de banderas, pidió que le llevasen a bordo la documentación del *Isidoro*; orden que se apresuró a cumplir el capitán, destacando un bote con el segundo oficial, quien llevaba en una carpeta todos los documentos.

El submarino no ostentaba número ni señal alguna.

Recibió su comandante al segundo del *Isidoro*, y se apoderó de la carpeta de documentos, que registró.

El comandante del submarino era muy joven; apenas tendría unos veintitrés años, y los demás tripulantes eran jovencillos de dieciocho a diecinueve años.

El comandante se expresaba en correcto castellano, y dijo al oficial mercante:

— "Han de saber ustedes que no se puede ir a Inglaterra."

Miró de pasada la patente real, y se detuvo algo más tiempo examinando el rol.

— Falta la lista de la tripulación — dijo el comandante.

— En efecto: está hecha, pero la he olvidado. Voy en seguida a buscarla.

El bote volvió a bordo.

Los tripulantes del submarino examinaron escrupulosamente el horizonte en todas direcciones, como temiendo ser sorprendidos.

Apenas el bote del *Isidoro* regresó al costado del buque, cuando del submarino, por medio de banderas, dieron

orden al capitán de abandonar el buque inmediatamente, concediéndole para el salvamento ocho minutos de término.

Brevísimo era el plazo, y más si se tiene presente que los botes iban trincados y con las cubiertas echadas; pero, con todo, se trabajó activamente, y se descolgaron tres botes, en los que se acomodó la tripulación, sin tiempo más que para poner en cada bote dos panes y un barril de agua.

El capitán no había perdido la esperanza, y tenía el propósito de acercarse al comandante del submarino, para ofrecerle, bajo palabra de honor, volver con la carga al punto de salida.

No tuvo tiempo para intentar tal gestión; pues cuando aún el capitán no había abandonado el barco, y se deslizaba por el pescante, transcurridos ya los ocho minutos, el submarino, que se había colocado a la popa del buque, lanzó el primer cañonazo, que abrió en el *Isidoro* extenso

boquete, y a este cañonazo siguieron dos más por popa, otros dos en la descarga de las máquinas y otro más en la escotilla núm. 3.

Los botes del *Isidoro* se colocaron cerca del submarino para presenciar el desastre, y el vapor bilbaíno se hundió a los doce minutos, saltando hecho pedazos el puente y siendo lanzada la chimenea a gran altura.

Entonces el submarino se alejó, y a las pocas brazas se sumergió, no volviendo a aparecer.

Los tripulantes del *Isidoro* que-

daron, pues, a merced de las olas. Dos de los botes, en uno de los cuales iba el capitán, armaron las velas, y este último dió remolque al tercero que no llevaba vela.

El primer bote, que llevaba el sextante y la brújula, se puso en cabeza y le seguían los otros dos.

Así navegaron hasta las dos de la madrugada, sometidos al pesado trabajo de achicar los botes constantemente, porque hacían agua.

A las dos de la madrugada cerró intensa niebla, y aunque los botes procuraron conservar distancias, orientándose con silbatos, no tardaron en perderse.

El bote donde iba el capitán, que daba remolque al pequeño, vió pasar, a poca distancia, tres o cuatro buques, y aunque encendió bengalas, demandando auxilio, no le hicieron caso.

A la cinco y media de la mañana, ya de día, fueron recogidos por un barco pesquero, que les atendió solícitamente y los condujo al puerto de Milfort Haven.

Los tripulantes del otro bote fueron recogidos por un yate auxiliar del Almirantazgo, que les condujo al mismo puerto."



UN TORPEDERO INGLÉS ACOMPAÑANDO UN VAPOR DE PASAJEROS EN EL MAR DEL NORTE.

Terminó el Sr. Echevarrieta su relato, afirmando que el buque llevaba izada la bandera española.

"Con ella se hundió en el mar. Hacía tres meses que no la arriábamos."

PÉGoud ha muerto. El valiente aviador que había desafiado tantas veces la muerte con loca audacia, por nada, por placer, por *sport*, la desafiaba con mayor heroísmo aún cuando se trataba de servir a su Patria. Dícese que durante los pocos meses que sirvió en el ejército francés hizo descender seis aeroplanos alemanes. Con sus reconocimientos en aeroplano prestó grandes servicios a los ejércitos aliados, y su muerte ha sido vivamente sentida no sólo por sus compañeros de armas, sino por todo el mundo, que reconocía en Pégoud al aviador entre los aviadores.

Pégoud encontró una muerte digna de él: una muerte de héroe. El 31 de Agosto acababa de terminar un reconocimiento sobre las líneas fortificadas del enemigo en la región de Belfort, donde operaba, cuando se anunció la llegada de un avión alemán. Pégoud tomó inmediatamente a su cargo la persecución de aeroplano, que era un potente aparato tripulado por dos hombres y armado de una ametralladora. Pégoud, sólo sobre su ligero aeroplano, entabló el singular duelo con mala estrella, pues una bala del enemigo le traspasó el corazón. Los soldados de Belfort, que habían seguido con angustia las fases del combate que se desarrollaba a una altura de 1,000 metros sobre la fortaleza, vieron descender dulcemente el aeroplano de Pégoud, como la hoja muerta de un árbol gigantesco. El aparato se posó dulcemente sobre el suelo; su tripulante parecía dormir. . . .

Antes de abrazar la peligrosa carrera de aviador, Pégoud era un pobre chico que trabajaba largas horas en mal remunerado y obscuro oficio; pero se dió a volar, y en pocos meses hizo una fortuna con sus sensacionales exhibiciones. Poco antes de principiar la guerra decidió retirarse, adquirir una extensión de tierra en el amado Mediodía de Francia, y pasar el resto de sus días disfrutando la paz de la campiña. Pero sonó la hora de la lucha, y, alistándose, ofreció gustoso sus servicios a la Patria.

Fué el primer aviador que asombrara al mundo con la ejecución de los vuelos más estupendos y con la increíble hazaña, el *looping the loop* en aeroplano.

LAS declaraciones hechas por Sir Edward Grey — que publicamos en otro lugar de este número — relativas a las negociaciones anglo-alemanes de 1912, demuestran que las proposiciones hechas por Herr von Bethmann-Hollweg a Inglaterra llevaban una sola finalidad: evitar que la Gran Bretaña tomase parte en la guerra que Alemania tenía proyectada. Si tal proyecto hubiese tenido éxito, la victoria de Alemania se habría asegurado, y Francia y Rusia habrían tal vez sufrido las consecuencias. El procedimiento que

falló en este caso fué precisamente el mismo que tan buen resultado diera a Bismarck en sus tres guerras: en la primera, contra Dinamarca, empleó los servicios de Austria; en la segunda, se puso en buenos términos con Francia antes de emprender la guerra contra Austria; y en la tercera, hizo amistad con Austria antes de volverse contra Francia. Pero en el caso actual Sir Edward Grey previó el peligro y evitó caer en la trampa que se le tendía.

ACABA de suceder en Francia un hecho en apariencia de poca importancia, pero que en el fondo ha provocado admiración general.

Después de haber efectuado un ataque en aeroplano sobre las fábricas alemanas de Ludwigshafen, el conocido aviador Gilbert descendió en Suiza y fué internado. Pasado algún tiempo, logró evadirse después de haber retirado su

palabra a las autoridades suizas por medio de una carta; pero ésta no llegó a su destino sino algo después de su desaparición.

En vista de estas circunstancias, y sin tomar en consideración los nuevos servicios que este renombrado piloto pudiera haber prestado a los ejércitos, el Gobierno francés le ordenó volver a Suiza y entregarse de nuevo prisionero. El valiente aviador ha obedecido: ha partido para rendirse a las autoridades suizas vistiendo el uniforme de oficial y luciendo sus condecoraciones.

La actitud arrogante y recta del Gobierno francés ha sido unánimemente aplaudida.

MADAME CARTON de WIART, distinguida dama belga, esposa del Ministro de Justicia de Bélgica, que fué condenada por los alemanes a sufrir encarceramiento por su conducta altamente patriótica, fué puesta en libertad el 3 del corriente mes, gracias a la intervención personal de S. M. el Rey Alfonso XIII. Es decir, los alemanes la hicieron gracia de siete días de prisión, puesto que su condena terminaba el 10 de Septiembre; pero la prohibieron regresar a Bélgica, donde se encuentran sus cinco

hijos — el menor cuenta dos años de edad — y donde la esperaban con ansiedad, después de tantas semanas de separación. Madame Carton de Wiart se reunió con su esposo en Suiza.

EL Presidente de la República Francesa, con la aprobación del Rey Jorge, ha conferido la Cruz de Caballero de la Legión de Honor al Mayor Fabian Arthur Gouldstone Ware, de la Cruz Roja Británica, en recompensa de los distinguidos servicios que ha prestado durante la campaña.

PROBABLEMENTE no hay puertos de naciones neutrales que hayan sufrido tanto a consecuencia de la guerra europea como los de las Islas Canarias. Los numerosos vapores que regularmente hacían escala en los puertos canarios con el fin de aprovisionarse de carbón y víveres, así como en busca de carga, han interrumpido sus visitas.



EL SUBMARINO INGLÉS "E 8."

Algunas Preguntas.

EN el número del diario madrileño *El Correo Español*, correspondiente al 27 de Agosto último, nos encontramos con el párrafo que a continuación publicamos, para edificación de nuestros lectores en América. Presumimos que semejante producción se refiere al conocido escritor Don Antonio Valbuena, a quien se atribuye un trabajo admirablemente escrito sobre la labor del jefe del partido tradicionalista:

"PARA EL SAPEJO.

El miserablete y puerquecín sapejo vuelve a las andadas. El bellaco dice ahora, entre otras valbuenas, que un redactor de *El Correo Español* se ufana declarando que hacía no sabemos cuántos años que no oía misa. ¿A que no dice cómo se llama y dónde afirmó el tal redactor lo que el embustero de *El País* le atribuye? Queremos que nos sobre la razón y que su felonía nos dé derecho á abofetearle públicamente.

¡Ah! y le advertimos que es inútil que continúe negándose a sí mismo, como si le causaran asco sus propias fechorías; por sus trazas conocemos al hombre; por sus babas, al sapejo; por sus rastrerías, al reptil. No invoques el testimonio de los caballeros: tus cobardías y ocultamientos sólo pueden ser amparados por los rufianes.

Te creíamos, moralmente, a nivel del suelo, pero nos hemos equivocado; tu residencia habitual es a alcantarilla, ¡sapejo inmundo!"

A propósito de este párrafo, que no es tomado aisladamente, sino que refleja el tono habitual de la publicación entera, aún al tratar de asuntos más trascendentales, serios y graves, nos ocurre preguntar:

En el criterio de nosotros los hispano-americanos, ¿puede llamarse éste un diario católico?

¿Desearíamos nosotros que entrase a dirigir la opinión de nuestros hogares católicos?

¿Cree el respetable Sr. Vázquez Mella que esta publicación y otras similares de provincias que son su portavoz, facilitan o ayudan su ideal de unión?

¿No es acaso del interés afectuoso de la inmensa mayoría de los católicos sinceros de España que no se les confunda en la América Española con esos otros católicos que hacen actualmente de la religión arma de ataques enconados y poco cristianos?

¿No cree la prensa española que nos dan muy triste idea estas publicaciones, por el grado de procaacidad falta de educación y sobra de apasionamiento a que han llegado, precisamente en momentos graves en que el porvenir de las naciones neutrales exige mayor calma, razonamiento y unión?

Mucho hemos reflexionado antes de publicar lo presente; pero nuestro sincero amor por España nos inclina a ello, nuestro afán hondo y bien sentido de acercamiento de todos los pueblos de nuestra raza y de nuestro idioma, nos impulsa a llamar la atención sobre algo que, por el camino que va, ocasionará en futuro no lejano graves consecuencias.

B. B.

EL discurso pronunciado por el Zar de Rusia, Nicolás II, con motivo de la sesión inaugural de conferencias especiales, y el hecho de que el Emperador se haya puesto en persona a la cabeza de sus ejércitos, hacen fijar la atención universal sobre la inmensa labor interior que se está llevando a cabo en Rusia, y cuyos efectos no tardarán en dejarse sentir sobre el conjunto de su situación política y militar. Las tremendas pruebas soportadas por Rusia, no han hecho desaparecer, ni por un momento, su confianza en el fin victorioso de la guerra. La evacuación de Galitzia, el abandono de Varsovia y de Brest-Litovsk, el empuje alemán hacia Riga y Vilna, ninguno de estos hechos hacen sentir un debilitamiento grave del poder de Rusia. Los rusos saben que la derrota sólo puede existir cuando uno de los ejércitos combatientes se vea, ya reducido a la impotencia, ya desecho y desmoralizado o incapaz de

volver a tomar una iniciativa útil sobre nuevas bases. Este no es el caso con los ejércitos del Zar, que han realizado su retirada sobre un frente inmenso y en un orden perfecto; que han sabido escapar por doquiera al cerco que les tendía el enemigo, y que han sido suficientemente dueños de sus movimientos para rehusar la batalla decisiva en la que los alemanes esperaban aniquilarlos.

LA crisis política desarrollada en Grecia trae a la mente una antigua profecía, cuyas características parecen adaptables a la presente época. El Rey y la Reina de Grecia llevan los mismos nombres que el fundador de Constantinopla y su esposa, es decir, Constantino y Sofía. Una tradición que data de siglos y muy extendida en Grecia, afirma que "cuando Constantino y Sofía vuelvan a reinar una vez más en Grecia, Constantinopla pertenecerá a los helenos."

Índice

PÁGINAS LATINO-AMERICANAS:	PÁGINA
Catolicismo y Apasionamiento.— <i>Benjamín Barrios</i>	.. 2
PÁGINAS INGLÉSA:	
Sir Edward Grey y el Canciller del Imperio Alemán	.. 5
Las Negociaciones Anglo-Alemanas de 1912	.. 7
La Administración de Bienes pertenecientes a Súbditos de Naciones enemigas de Inglaterra	.. 9
La Visita del Ministro de la Guerra Inglés a Francia	.. 10
PAGINA DE "PUNCH"	.. 11
PÁGINAS FRANCÉSA:	
El Espíritu de Francia	.. 12
El Soldado Ruso	.. 12
Francia	.. 14
Dos Cartas de Kipling	.. 15
PÁGINAS ITALIANAS:	
El Libro Verde Italiano (<i>continuación</i>)	.. 16
PÁGINAS BELGAS:	
Documentos para la Historia	.. 19
Una Entrevista en Berlín	.. 21
ECOS	.. 22
ALGUNAS PREGUNTAS	.. 24

Los grabados intercalados en el texto nos han sido bondadosamente facilitados en obsequio de los lectores de AMÉRICA LATINA, por el Alfieri Picture Service, Londres; los dos de las páginas 13 y 14 por *The Graphic*, Semanario Londinense; los dos inferiores de las páginas 9 y 10 por *L'Illustration*, Semanario Ilustrado Parisiense; el de la página 17 por *L'Illustrazione*, y los de las páginas 2, 3 y 4 por un simpatizador de la publicación.

AMÉRICA LATINA.

Oficinas: 54, GRESHAM STREET, LONDON, E.C.

Dirección Telefónica: "RIOSBA, LONDON."

Editor y Director,
BENJAMIN BARRIOS.

Esta publicación es obra de propaganda, y su distribución será enteramente gratuita.

Si sabe Vd. de alguna persona que no haya recibido esta publicación, y ambos simpatizan con nuestro programa, sírvase hacérselo saber para subsanar desde luego esta falta involuntaria.

Ayuntamiento de Madrid